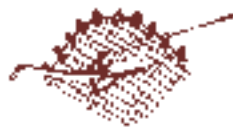






# *Voces del Campo*



*El arado y la red*



# *Voces del Campo*



*Jesús María Burgos Giraldo*

*Introducción de José del Moral de la Vega (Ed.)  
Estudio lexicográfico de José María Berzosa Sánchez  
Ilustraciones de Diego del Moral Martínez*



**JUNTA DE ANDALUCÍA**  
Consejería de Agricultura y Pesca

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin permiso escrito de la Consejería de Agricultura y Pesca. Junta de Andalucía.

© Junta de Andalucía. Consejería de Agricultura y Pesca. 2007.  
Publica: Viceconsejería. Servicio de Publicaciones y Divulgación.  
Colección: El arado y la red

I.S.B.N.: 978-84-8474-212-8  
Depósito Legal: SE-5091-07  
Producción: Germán López. Servicios Gráficos.

## *Agradecimientos*

*A don Audaz Docio Burgos, por su aportación al significado de algunos términos de los poemas cuya acepción no aparece o cuya entrada no se encuentra en el DRAE.*

*A los Srs. Barragán Castro, Garrido Fernández, Martín Sánchez, Pardo Huertas y Ruíz Rayo, por cuya gentileza se han podido publicar algunas de las figuras de la obra.*







## *Presentación*





## *Presentación*

**L**os que tienen entre manos es un ejercicio de nostalgia y de memoria, si no histórica –están ausentes las grandes miserias y penalidades que caracterizaron a la vida de los campesinos y jornaleros andaluces y españoles durante siglos– sí antropológica, lexicográfica e iconográfica; en una palabra, cultural. Voces, tareas, imágenes hoy desaparecidas que Jesús María Burgos Giraldo conserva para nosotros en unos textos llenos de poesía y cargados de evocación.

En poco más de dos décadas, nuestro medio rural se ha transformado: primero la agricultura, con la mecanización, la especialización y la integración en el mercado; luego la economía rural, hoy en acelerado proceso de diversificación, bajo el impulso de las políticas de Desarrollo Rural y gracias a la mejora de las comunicaciones, que ponen la ciudad al alcance del campo y el campo al alcance de la ciudad; sin olvidar la calidad de vida, con la universalización del acceso a la educación, a la atención sanitaria y a la cultura que los ayuntamientos democráticos y el poder autonómico trajeron a nuestros pueblos.

Hoy son otros los desafíos a los que nos enfrentamos: introducir al mundo rural en la era digital, contribuir desde la agricultura a la lucha contra el cambio climático y a la reducción de la dependencia energética; preservar los recursos naturales, sin renunciar a un desarrollo económico que garantice la cohesión social y territorial.

¿Cómo seguir avanzando sin olvidar de dónde venimos, y sin perder la riqueza cultural y la sabiduría ancestral que tan bien reflejan los textos que a continuación se recogen?. Sin duda el trabajo de Jesús María Burgos Giraldo, arropado con el estudio lexicográfico de José María Berzosa Sánchez, las ilustraciones de Diego del Moral Martínez, y la documentada introducción de José del Moral de la Vega, forma parte de esta importante labor de conservación de un acervo cultural que no se puede perder; una labor a la que están contribuyendo también muy activamente los Grupos de Desarrollo Rural presentes en todo el medio rural, con acciones de recopilación de la tradición oral, gastronómica o etnográfica de sus territorios.

La colección *El arado y la red* se ha ganado ya un reconocido prestigio con la publicación de textos que constituyen la aportación de la Consejería de Agricultura y Pesca a esta imprescindible reconstrucción de la nuestra historia agraria. Hoy se enriquece con este nuevo volumen, con cuyas imágenes, léxico y textos espero disfruten.

Isaías Pérez Saldaña  
*Consejero de Agricultura y Pesca*



*“Un alma que no se aproxima a la naturaleza se halla  
muy lejos de lo que se denomina espiritualidad”.*

*Hazrat Inayat Khan.*



# *Índice*







## *Índice*

1. Introducción .....	19
2. Poemario .....	29
3. Anexo. Estudio Lexicográfico .....	91




*Introducción*  
*El Campo y la Espiritualidad*  
José del Moral de la Vega





## Introducción

uando el hombre de hoy quiere entender los fenómenos socioeconómicos que aparecen a diario en los medios de comunicación y comienza a leer las obras más elementales de Economía, enseguida aprende que la relación entre los sectores de producción y la población de una región determinada sirve para conocer el nivel de riqueza de la misma, de manera que la más pobre es aquella donde el porcentaje más elevado de su población se ocupa de la agricultura y, por el contrario, la más rica es aquella otra donde la mayor parte de sus habitantes trabajan en los servicios.

Esa conclusión conduce al hombre de hoy a frivolar que el mundo rural es un lugar generador de pobreza, al que se va de vez en cuando a comer tortilla y dar un paseo.

Pero la realidad de ese mundo es mucho más compleja y, muy probablemente, nuestra civilización resolverá inadecuadamente los problemas a los que se enfrenta en la actualidad si, entre los procedimientos elegidos para resolverlos, no aparecen el mundo rural y la agricultura como sendos pilares de la civilización. A lo mejor, reflexionar sobre “ese mundo” podría ofrecer alguna luz a las discusiones de los filósofos Habermas y Sloterdijk sobre la forma de encarar los problemas actuales de la humanidad.

### ***El principio de la cultura***

La vida en el campo ha constituido el entorno ideal para muchos pensadores y poetas.

*...Dichoso el humilde estado  
del sabio que se retira  
de aqueste mundo malvado,  
y con pobre mesa y casa,  
en el campo deleitoso  
con sólo Dios se compasa,  
y a solas su vida pasa,  
ni envidiado ni envidioso.*

Fray Luis de León.

Desde Hesíodo hasta hoy, la literatura está llena de textos como éste, aunque esa realidad es similar a los cuadros de los pintores renacentistas: los temas centrales están rodeados de escenas campestres, pero como decoración. Y es que cuando el hombre ejerce una actividad intelectual que se desarrolla en el mundo de la agricultura, ésta aparece no como un medio o actividad que propicia el poema, el pensamiento o cualquier otra obra, sino como un decorado, aunque resulta difícil admitir que, si de la mano de la ecología se puede medir la influencia de la humedad de un río en la distribución de las adelfas de la orilla, la agricultura no tenga sobre el pensamiento otro papel que el de envolver ideas.

La historiografía española, a partir del pasado siglo, está llena de trabajos con los cuales se han ido descubriendo, con precisión de forense, algunas de las razones vitales de los españoles, desvelándose las verdaderas causas de fenómenos sociales ocurridos en el pasado. Esos estudios nos han permitido componer muchos rompecabezas culturales de determinados momentos de la historia de España; pero no es frecuente que esos trabajos de investigación estén referidos al ámbito de la agricultura, aunque ella haya sido, probablemente, el alfar en el cual se empezó a cocer la civilización.

¿Se puede pensar que el comportamiento espiritual de aquellos primeros hombres fuera indiferente a una actividad nómada o sedentaria, cazadora o agrícola? Los antropólogos comparan nuestro cerebro con el disco duro de un PC, en el cual, según *el software* -la cultura- que se graba, así es su eficacia y potencia. La cultura, que es un producto del neocortex, tiene la propiedad, entre otras, de retroalimentar al órgano que la produce, dando lugar a la cerebrización, cuya eficacia se comprueba al observar el tiempo que transcurre desde el *paleocerebro reptiliano* al *neocortex* de un *Cro-Magnon*, y se compara con el que va desde el de un *Cro-Magnon* a un hombre actual. Mientras que el primer paso evolutivo -de naturaleza biogenética- duró 200 millones de años, el segundo -de naturaleza sociogenética- sólo requirió 50.000.

La causa principal de esa tremenda aceleración de la evolución humana es la cultura y, por ello, conocer la génesis de cualquier cultura es fundamental para poder explicar muchos fenómenos humanos.

Los estudios del psicólogo Maslow en la segunda mitad del siglo XX vinieron a confirmar las teorías de Herder sobre el concepto de cultura, desentrañando los mecanismos que intervienen en su génesis. Cuando una determinada comunidad cultiva olivos para obtener aceite, fabrica sus vasijas de barro, cría sus rebaños, prepara sus alimentos... de una manera genuina, se pone en marcha un mecanismo psicosomático que, aunque es emocional, trasciende al individuo y se hace social. Y lo que son eficaces o bellas técnicas industriales, agrícolas, culinarias... trascienden lo eficaz o lo bonito, adquieren una categoría espiritual, se convierten en símbolos y constituyen ese subconsciente colectivo que representa a la tribu. Esos símbolos tienen una gran capacidad emocional y desbordan cualquier explicación lógica (un español puede llorar de emoción al descubrir y comerse un trozo de tortilla española en un restaurante de Manhattan, o sentirse extraordinariamente próximo a un paisano desconocido en China por el hecho de oírle hablar en su propio idioma...). Y así parece ser cómo el hombre de cualquier cultura se convierte en un *homo tribalis* con un subconsciente colectivo, cuyo dogma es: *Nuestra cultura es la mejor*. Existen, por ello, numerosas culturas que se jerarquizan: la cultura del barrio de Triana, la de los sevillanos, los andaluces, los españoles... La ciencia

actual permite que la evolución de las especies se represente mediante árboles filogenéticos basados en la creciente complejidad de sus respectivos DNA; pero si ya está demostrado que la evolución del hombre no tiene tanto una razón biogenética -modificación del DNA-, sino sociogenética -cultural- ¿por qué los antropólogos no construyen un árbol de relaciones *filo-culturales* que explique la evolución del hombre hasta la civilización actual?

Desconocemos cómo será la representación de ese árbol, pero seguro que la agricultura estará en alguna parte de la raíz de ese árbol de relaciones de las culturas y, probablemente, sea de ahí de donde parta el hilo que, serpeando por el laberinto de la historia, nos vaya ilustrando sobre lo que somos y de dónde venimos.

Nos contaba no hace mucho el profesor Rowly-Conwy cómo, en un yacimiento arqueológico situado junto al Éufrates, en Abu Hureyra (Siria), se determinó que en el perfil correspondiente a una antigüedad de 11 500 años, junto a restos humanos, aparecieron semillas de más de 157 especies diferentes, mientras que en el perfil de los 11 000 años sólo se encontraron semillas correspondientes a cebada, centeno, garbanzos, lentejas y trigo. Ese parece ser el primer capítulo de la historia de la agricultura: el hombre se convirtió en agricultor hace 11 000 años. En España, ese fenómeno se produjo bastante después, hacia el 5 500 a. C.; pero aunque al principio hubo un retraso, posteriormente, a partir de los romanos, la agricultura española se convirtió en un modelo que imitar, y muchos de los mejores libros de agricultura son de autores españoles. En el siglo primero, Moderato Columela escribió el primer tratado de agricultura que se conoce (*De Re Rustica*). Más adelante, entre los siglos XII y XIII, cuando la agricultura de Andalucía era un referente para los países civilizados de entonces, Abu Zacharía Yahia, “El Sevillano”, elaboró, sobre este tema, la que se considera mejor obra de esa época. En el Renacimiento (1513), Alonso de Herrera escribió su *Agricultura General*, y Claudio Boutelou, formado en Francia e Inglaterra, editó a principios del siglo XIX numerosos tratados de agricultura, marcados con el espíritu de la Ilustración.

Estas obras, que abarcan un periodo de unos mil ochocientos años, contienen, además de complicadas técnicas descritas de un modo bellísimo, una información muy valiosa para desentrañar la evolución del labrador español y de la agricultura en ese periodo.

### ***Etapas de la agricultura española***

El agricultor que aparece en el tratado de Columela encaja perfectamente dentro del arquetipo de hombre romano -práctico, ingeniero-; un hombre que ha empezado a comprobar la extraordinaria posibilidad -empírica- de la física, la economía... para resolver los problemas cotidianos. En el libro primero escribe este autor: *Tenemos que hablar de las diferentes cualidades de alma o de cuerpo que creemos ser necesarias en los hombres que se destinan a cada especie de trabajo (...). Para manijeros conviene echar mano de hombres aplicados y muy frugales (...). Al gañán, aunque le son precisas las cualidades del alma, no le son suficientes, si lo lleno de su voz y lo alto de su cuerpo no lo hacen temible al ganado... Dedicaremos pues a gañanes, como he dicho, los de más cuerpo, no sólo por las razones que acabo de referir, sino porque en el cultivo, con ningún trabajo se fatiga menos el hombre muy alto que con el de arar, pues mientras lo hace, se apoya sobre la esteva casi sin doblar el cuerpo. Las viñas no exigen tanto hombres altos, como recios y membrudos...*

No obstante, en este libro el labrador aparece todavía rodeado de un mundo mitológico, muy cerca del Olimpo, como evidencia este párrafo: *Y no hay duda de que en algunos países se encienden las yeguas en un ardor tan grande del coito, que aunque no tengan macho, figurándose ellas mismas con su continuo y demasiado deseo los placeres, conciben del viento, como las aves de corral... Siendo una cosa muy sabida que en el monte sacro de España que se extiende hacia el occidente cerca del océano, han concebido frecuentemente las yeguas sin caballo, y que han criado el potro, el cual sin embargo es inútil, porque a los tres años muere antes de fortificarse.*

Más adelante, entre los siglos XII y XIII, Abu Zacharía Yahia, “El Sevillano”, escribió un libro impregnado de un lirismo oriental que trasciende lo técnico para situarse en lo mágico. A lo largo de la obra, el autor va “desvelando”, mediante técnicas, las propiedades ocultas de las cosas: *Si se pone un cuartillo de garbanzos de noche a la luna, cuando está en creciente, y alzados luego por la mañana, antes de nacer el sol, se tienen después a remojo dos horas en agua dulce, y con la misma se cuecen hasta enternecerse, tienen la virtud de que comidos calientes o fríos alegran al que los comiere, divierten el ánimo, hacen olvidar los cuidados, fortalecen el corazón, y apartan los pensamientos sombríos.* La naturaleza aparece aquí como un mar de símbolos cabalísticos que el hombre, merced a la agricultura, puede descubrir.

Alonso de Herrera escribe su *Agricultura General* en 1513, en pleno Renacimiento. Es un tratado donde se ve la influencia de Columela, y en el cual se exalta la vida campestre al constatar los beneficios que esta actividad comporta para el cuerpo y el alma: *Y los que ejercitan el campo comen de buena gana, todo les sabe bien, y casi nunca les hace mal. El campo en conclusión nos da todas las cosas necesarias, y no podemos vivir sin él (...). Esta santa manera de vivir es la más antigua de quantas artes ay, y a esta fe dieron muchos santos varones, Reyes, y Patriarcas.* Aparecen en el libro numerosos pasajes que pueden considerarse embriones de lo que mucho después serán conocimientos del ámbito de la etología y de la ecología, redactados con tal ritmo y belleza que parece como si el interés de su autor, al componerlos, hubiese sido sólo el literario: *Quando el hollín de las chimeneas cae mucho, y de presto, es señal de tiempo húmedo y lluvioso, y aun duradero, y estas son reglas de experiencia, y aun de razón. Y cuando la ceniza se aprieta en el fuego que parece algo mojada, muestra agua (...). Si quando llueve andan unas borbollitas sobre el agua, quando las aves se espulgan es señal de agua, y las golondrinas vuelan tan junto al agua, que casi la tocan con las alas. Quando los cuervos y cornejas graznan mucho de papo, que parece que se tragan la voz, y se baten las alas, muestran agua. Quando las campanas suenan muy más claro que otras veces, es señal de agua o tempestades...*

En muchos de los libros escritos durante la Ilustración se recrea al labrador de la mano de las ciencias, señoreando ya el campo: con ayuda del microscopio ha descubierto estructuras morfológicas ocultas; con la mecánica de Newton, transformada en tecnología, puede construir complicados artefactos... Los escritos de Boutelou, publicados alrededor de 1800, están llenos de referencias a la tecnificación de la agricultura, y ella es descrita como el ambiente ideal para el desarrollo del hombre: *Esta es la principal base de la civilización del género humano, y ciertamente merece nombrarse santa, porque reúne las familias y suaviza la fiereza natural del hombre silvestre, abandonado a su capricho y al impulso de sus pasiones (...). Séase dicho también en honor de la misma agricultura, que la clase de labradores siempre*



*se ha distinguido en todas las naciones cultas por su sinceridad, sencillez y virtudes, y que la honradez se halla como radicada en sus corazones.*

Además de esas obras de alabanza del mundo rural y del labriego, hay otras, de las cuales nos habla Julio Caro Baroja en su libro *Las formas complejas de la vida religiosa (siglos XVI y XVII)*, que presentan al labrador como a una persona bruta y ruin, aunque la mayoría de los libros publicados hasta el siglo XIX concluyen que la vida del campo es la actividad ideal para el desarrollo espiritual de la humanidad.

### ***El abandono de la agricultura por el bienestar***

La Ilustración, de la mano de la racionalidad, la máquina de vapor y, sobre todo, con la Enciclopedia, anunció a la humanidad el progreso material y el perfeccionamiento infinitos. En ese plan, la Ilustración pretendía universalizar las cosas, pero el campo se universaliza con mucha dificultad, porque casi todo lo que hay en él, como la vida, es particular (entre los millones de pimientos de un mismo campo de cultivo hay como una resistencia a que dos de ellos sean idénticos). La Revolución Industrial (1848) recibió el testigo en la carrera de la historia, y la parte más desarrollada de Occidente entró en la etapa del bienestar.

En ese periodo civilizador, realizado durante los siglos XVIII y XIX, la tendencia del progreso en una zona determinada se comprueba por la población activa que pasa del sector del campo al de la industria. Y el cambio del concepto de labrador, a partir de entonces, se puede poner como ejemplo de las teorías de Saussure: *La relación entre los significantes y sus significados no es definitiva ni inmutable. El significado de las cosas está más relacionado con la contingencia cultural que con los objetos a los que representan.*

Desde el texto de Boutelou, ya citado, en el que se definía al campo como una especie de zaguán del Paraíso y al labrador como el paradigma de la virtud, hasta el valor que tienen hoy el campo y el labrador, hay un salto importante y negativo. Si buscamos el significado de *labrador* en el *Diccionario ideológico*, de Julio Casares, y lo comparamos con otras palabras con las que se relaciona, como *cultura* y *cultivador*, podemos comprobar que mientras que *cultura* tiene, como análogas, a *civilizado*, *ilustrado*..., *cultivador* es una voz análoga de *rústico*, *gañán*, *destripaterrones*...

Parece evidente que, en la actualidad, la figura del labrador corresponde a la de un hombre rudo, sin conocimientos ni sensibilidad.

En 1989 concedieron el Nobel de Literatura a José Saramago, y su discurso de aceptación lo comenzó así: *El hombre más sabio que he conocido en toda mi vida no sabía leer ni escribir*. A continuación fue describiendo cómo era la vida de ese campesino -su abuelo Jerónimo- que en las noches frías del invierno, y para salvarlos de la muerte, metía en la cama, entre él y su mujer, a media docena de lechones que constituían su única fuente de ingresos. Aquel hombre, al presentir que la muerte venía a buscarlo, se despidió de los árboles de su huerto, uno por uno, abrazándolos y llorando. Saramago, conmovido ante tal sensibilidad, define a su abuelo como “sabio”; pero ¿es posible la existencia de un hombre sabio y al mismo tiempo analfabeto?



Decía un profesor mío (don Juan Pasquau), que *el sabio es el que sabe dar con el hilo que engarza, en orgánica sistematización, el disperso contenido de los hechos, las certezas, las ideas..., lo que conlleva conocer, inexcusablemente, una gran cantidad de hechos, certezas, ideas...* en un área de conocimiento determinado (erudición).

El nivel de la agricultura portuguesa en los años a los que se refiere Saramago -probablemente a finales de los años treinta del siglo pasado- era bastante elevado. En ese tiempo, en Portugal ya había una Escuela de Ingenieros Agrónomos donde se enseñaba a construir edificios agrícolas, a fabricar máquinas y aperos, a fertilizar los campos... basándose en complicados principios matemáticos, físico-químicos y biológicos. ¿Podía ser sabio el abuelo de Saramago, no sólo desconociendo todo ese complicado mundo científico y tecnológico, sino incluso siendo analfabeto? El concepto de sabio, en la actualidad, corresponde al de aquella persona que, además de erudito, sabe armonizar los conocimientos de la física, la sociología, la agronomía... y los enriquece con alguna aportación, fruto de su creatividad.

¿Cuál es, entonces, esa cualidad del abuelo de Saramago que el escritor confunde con la sabiduría?

Max Scheler define la espiritualidad del hombre como la capacidad que éste tiene -al margen de cualquier erudición- de intuir la esencia de las cosas, y ser capaz de conocer su papel en el universo. Idea que probablemente ha sido tomada de San Mateo (11:25-26): *Yo te bendigo, Padre, Señor del Cielo y de la tierra, porque has ocultado estas obras a sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños.* Parece evidente que el premio Nobel confunde la espiritualidad de su abuelo con la sabiduría.

En la descripción que Saramago hace de ese labrador, asoman dos realidades muy bien diferenciadas: por una parte está el hombre ignorante de las complicadas leyes de la agronomía y, por otra, la de una persona extraordinariamente sensible a la naturaleza que le rodea.

La existencia de personas ignorantes, pero con una capacidad especial para descubrir realidades ocultas en las cosas, realizar proezas morales, concebir ideas relevantes..., que los demás no son capaces de captar o de hacer, es un fenómeno tan antiguo como la historia. Ese fenómeno, hasta la Ilustración, hizo pensar que en el hombre existían dos realidades muy bien diferenciadas e independientes: una material y otra espiritual. Para los ilustrados, la espiritualidad era producto de lo orgánico, y ciento cincuenta años después, Ortega afirmaba: *Las ciencias naturales basadas en el determinismo han conquistado el campo de la biología. Darwin cree haber conseguido aprisionar lo vital -nuestra última esperanza- dentro de la necesidad física. La vida desciende a no más que materia. La fisiología, a mecánica.*

### ***La vida en el campo, una brizna de esperanza***

La ciencia actual ha reafirmado, casi un siglo después, las palabras de Ortega. En la actualidad, el conocimiento del DNA y las proteínas que éste codifica han ido detallando, poco a poco, dónde y cómo se produce la palabra, la voluntad, la emoción... *La genómica y la proteómica*, o lo que es lo mismo, la química de la vida, se han acercado mucho a la explicación de cómo se relaciona la cultura con lo orgánico de donde procede.

Tenemos un conocimiento, bastante preciso, de cómo son las etapas que van desde lo molecular a la cultura, y conocemos por qué la utilización de ella ha servido para imprimir a la humanidad un vertiginoso avance en su bienestar, aunque, lamentablemente, también hemos podido comprobar que esa cultura apenas ha ayudado a alcanzar la armonía, la belleza y la probidad moral que se esperaba debería haber producido. Es más, cada vez parece mayor la distancia existente entre el estado del bienestar y el del *bienser* de la humanidad; distancia que parece crecer, cada día, de manera imparable.

Ciertamente, si miramos para atrás y contemplamos las últimas guerras y los terrorismos actuales, constatamos que la cultura no parece haber elevado el nivel moral de la humanidad, apareciendo ésta bastante desguarnecida ante los retos que tiene delante: manipulación de embriones, clonación, eutanasia, transgenia... –se ha pasado de la contemplación de la creación a su dirección–. Ante esta situación tan crítica, en la cual se está cuestionando la propia especie humana, el profesor Habermas no encuentra otro camino que la vuelta al Humanismo como vacuna contra la barbarie; procedimiento que es cuestionado por otro pensador, Sloterdijk, quien afirma: *Si el Humanismo sólo ha sido capaz de provocar en el hombre un amansamiento de su barbarie, basándose en un canon de conocimiento “escrito”, si el hábito de leer está siendo sustituido por el establecimiento mediático de la cultura de masas, y si ni siquiera las preguntas que se plantean actualmente figuran en ese canon, mal puede servir el Humanismo para enfrentarse a los retos que el hombre tiene delante.*

Una reflexión sobre el abuelo de Saramago quizá pueda ayudarnos a encontrar la solución que andan buscando hoy los filósofos; porque ese labrador analfabeto, ignorante de cualquier canon escrito, se parece bastante al arquetipo que buscaba el Humanismo: un hombre lleno de espiritualidad capaz de conseguir un mundo equilibrado.

Pero si la espiritualidad no está relacionada con ningún canon de conocimiento escrito, ¿de dónde brota?, ¿en qué lugar podemos encontrarla?.

Quizá algún día conozcamos la génesis de la espiritualidad, aunque, por ahora, lo que sí sabemos es que mientras la cultura se puede sistematizar, y por tanto empaquetar, enseñar, vender..., la espiritualidad, al menos hasta ahora, sólo se puede admirar: no se puede cosificar y no se puede vender. La cultura puede predominar en los centros oficiales del saber; pero la espiritualidad no tiene por qué.

El estado de labrador virtuoso y feliz que describen los tratados antiguos de agricultura, al menos hasta la Ilustración, no pudo ser adquirido por medio de un canon escrito, porque el agricultor no conocía la gramática; pero, en cambio, sí recibía de la naturaleza un canon de sabiduría que es mostrado a cualquier hombre de manera espontánea, sin necesidad de gramática y cuya escuela más próxima es la agricultura. –¿Estará en la vida del campo una de las fuentes de la espiritualidad?– Si ello fuera así, si uno de los viveros de la espiritualidad del hombre fuera el campo, y el bienestar generado por la cultura provoca, como consecuencia ineludible del progreso, el abandono de ese ambiente, ese progreso estará conduciendo, inevitablemente, a una humanidad cultísima, pero embrutecida.

Cada vez que un científico nos ha regalado una idea nueva sobre *genómica*, se nos ha caído un poco más nuestra fe en la mitología del «libre albedrío». Desde Darwin todo parece indi-

car que sólo somos la respuesta físico-química al ambiente; pero ¿a qué ambiente? ¿Estará ahí la clave? Ahí, precisamente, aparece una brizna de esperanza a la posibilidad de sentirnos libres: está claro que no podemos elegir nuestro DNA, pero sí podríamos construir, con el poder inmenso de la cultura, y de la ciencia y la tecnología derivadas de ella, ese climax necesario para alcanzar el estado de orden, belleza y virtud que la humanidad viene buscando desde el principio de la civilización.

Si realmente sólo podemos ser libres en la decisión insignificante de elegir un ambiente donde se exprese nuestro genotipo, saber elegir el mejor es nuestra única posibilidad de salvación.

¿Será el mito del Paraíso el recuerdo ancestral de un ambiente ideal en el cual la espiritualidad brotaba espontáneamente en los hombres?.

Es cierto, como afirma Steiner, que cuando una religión modifica las mitologías sobre las que está construida, se arruina. Aún así, yo estoy convencido de que el autor del Génesis no nos contó bien la historia de la salida del jardín del Edén: los hombres, en lugar de ser expulsados, nos perdimos. Adán y Eva, después de haber sentido el inmenso placer de conocer, fueron incapaces de contener el irrefrenable gusto de encontrar soluciones, de superar obstáculos y, sin saberlo, pusieron la primera piedra de la cultura y les empezó a crecer el cerebro. Paso a paso, de la mano de ella, el hombre se ha ido alejando cada vez más de aquel jardín, hasta tal punto que ahora ni siquiera sabe en qué dirección ir para encontrarlo.

Mientras encontramos ese jardín, lo que más se le parece, como vemos en los versos de Fray Luis de León, Antonio Machado, Muñoz Rojas... es la vida del campo. Pero si en esos poemas la vida en el campo se nos describe –bellísima– por unos espectadores de primera fila, en los poemas de Jesús María Burgos que contiene esta obra, la belleza aparece mucho más próxima; porque él, además de ser su autor, es actor principal en ese mundo rural. En ellos hay figuras, faenas, aperos, ambientes... como ecos de unas voces, desaparecidas ya, del mundo desarrollado. Leer estos poemas puede ser como volver, aunque sea brevemente, al Paraíso.

*Poemario*

*Voces del Campo*

Jesús María Burgos Giraldo





## Campesinos



n muchos escenarios representa el hombre su obra: *El gran teatro del mundo*. El más apropiado, el campo. No necesita bambalinas ni efectos especiales. Ni académicos saberes los artistas... Sencillez y sensibilidad les sobra para contemplar admirados, boquiabiertos, el vuelo de un águila o el de una mariposa.

¡Ah, los hombres del campo...! ¿Qué son? ¿De qué están hechos? Por sus andanzas, dependencia, amores y desamores con la tierra, de tierra parecen estar hechos. Por la hebra que los sostiene, resecos, duros, macizos ¿no serán un sarmiento, un tronco humanizado? ¿Un encino sin otra fronda que dos ramas de acero hechas para trabajar y abrazar?.

Más allá del sol, el viento y las lluvias ¿qué buriles lo esculpieron? Ni un gramo de grasa le dejaron. Un manojo de músculos y nervios montado sobre un espíritu irrompible. Una bestia divinizada es, que vive el drama de la tierra en lucha y amor permanentes, tensos. Suyos son por conquista el cielo y la tierra, el lenguaje de las bestias y de las plantas. Ellos le dictan su calendario. Y, por bien entenderlo, espiando el tiempo ha de vivir. En ellos tiene su universidad. Tal vez sea analfabeto. Pero de corrida sabe leer el gran libro: la Naturaleza. Dividido en cuatro partes. Y a cada una de las cuatro les rebusca y halla duende para vivirlas con gozo y provecho.

No sabe álgebra. Pero sabe que en el campo hay que vivir en disposición de siembra y trabajo permanente. Y sabe que, a la hora de arrojar la semilla, ha de predominar la esperanza sobre el riesgo.

Una enciclopedia es. Sabe cuándo el níscolo es más sabroso y acoge menos arena. Y que, si al ajo no lo siembras por San Martín, será escaso y ruin. Predice la lluvia en el pelo de las bestias, en el vuelo de las aves y en el ritmo de la ringlera de las hormigas.

Y persuadido está de que la lidia con la tierra es lucha y amor.





**L**legaron al corte y nadie lo dudó. Años, durante generaciones, fue el punto de reclamo. Era un alto discreto, con vistas abiertas a todos los horizontes. Lo coronaba una encina señera y señorial. Brindaba cobijo, ubicuidad preferente, sombra e historias. E inabarcables lejanías. Y allí descargaron el hato. Herramientas, botijos, bien abastecidas alforjas. El apaño para toda la jornada... Y con pañoletas, toquillas y otras prendas de abrigo, en las mañanas frescas, aderezaban sobre la dura tierra blandos lechos para los adormilados infantes de las cuadrillas.

Providencial encina que todo lo cobijaba y todo lo bendecía. Y, hasta bien pudiera parecer que, en esos días, se recreaba y esponjaba como clueca con polluelos. Arte o misterio había para concitar en su copa majestuosa la presencia bella y musical de aves e insectos. Dejó de ser la encina donde se cobijaba el ajuar, los enseres de cada jornada. Y se apropió el nombre de hato. Hermosa palabra, dúctil, elástica... Rellena como un exquisito manjar de significados sabrosos, profundos: chozo, majada, cobijo... Era el punto justo donde depositan bien dispuestos el atuendo, los fardeles y botijos para toda la jornada de sol a sol.

A días se agrupaban cuadrillas de diversas haciendas y compartían solazadamente sombra, charla y hasta se intercambiaban los zaques.

Aquella bendita sombra quebraba los rigores de la meseta. Y estimulaba el gozo que en despabilar las provisiones de cada día se derrochaba. Un último apretón a la borracha y se descabezaban sonoros sueños. Nada, ni hormigas, cigarras ni urracas vocingleras, provocativas, desleían el color y calor de aquel cobijo.

Año tras año, generaciones, acaso algún siglo, en torno a aquella colosal, entrañable encina patriarcal, pivotó el azacaneado quehacer de aquellos hijos del terruño. Valde la encina se llamaba el pago.

Días de escarda, recogida de legumbres, siegas o sementeras, allí se establecía el cuartel de base. Y en épocas de redileo –la rastrojera–, al abrigo de la encina montaban los pastores de diversas majadas sus chozos. Esta campestre, fraterna promiscuidad enriquecía aquellos encuentros, de alegres cercanías y convivencias.

Otoñadas hubo vestidas de sol y temple benigno, gozoso, que, hermanados rabadanes, labriegos, dueños y criados, allá por San Miguel, pusieron punto final al redileo. Y antes de dar cara a la vendimia y a la sementera, con alborozo de todo el pueblo montaron sonados festejos. Misa bajo la encina. Romería con dulzaina, típicas topas bienolientes a membrillo; y una oveja o dos que se churrascan a vueltas sobre una lumbre refocilante... Y porque no faltasen la gloria y la alegría en el corazón humano, dos pozales junto al fuego. Uno de tinto y otro de clarete.

Era el día del hato. Hoy es sabroso recuerdo.



## *Las Bestias*



En aquel reparto, actores insustituibles eran las bestias. El transporte y laboreo profundo y pesado de la tierra a ellas correspondía. Puede ser tosco el labriego, pero es de corazón sensible, y como de familia trataba a sus animales.

En “el verde”, antes de la suelta en los prados, se recogía la mulada en el corral de la villa. Adultos y niños se parecían por contemplar aquella exposición. Predominaba el ganado mular. Sufridos, opacos, dóciles y duros como cantos rodados. Escasamente comunicativos. No eran pícaros ni cercanos como sus ascendientes, los entrañables pollinos. Y de sus otros progenitores –los caballos– les faltaban el aire, la marcha, la altivez. Aun así, buen maridaje fue. Bien que esa hibridación adolecía de identidad clara. Ni rebuzno ni relincho: su expresión algo de lamento sugería. A sus ojos les faltaba viveza. Y nunca su capa centelleaba en brillos y colores. El alazano, perla y atabanado se quedó en el pelo de los caballos.

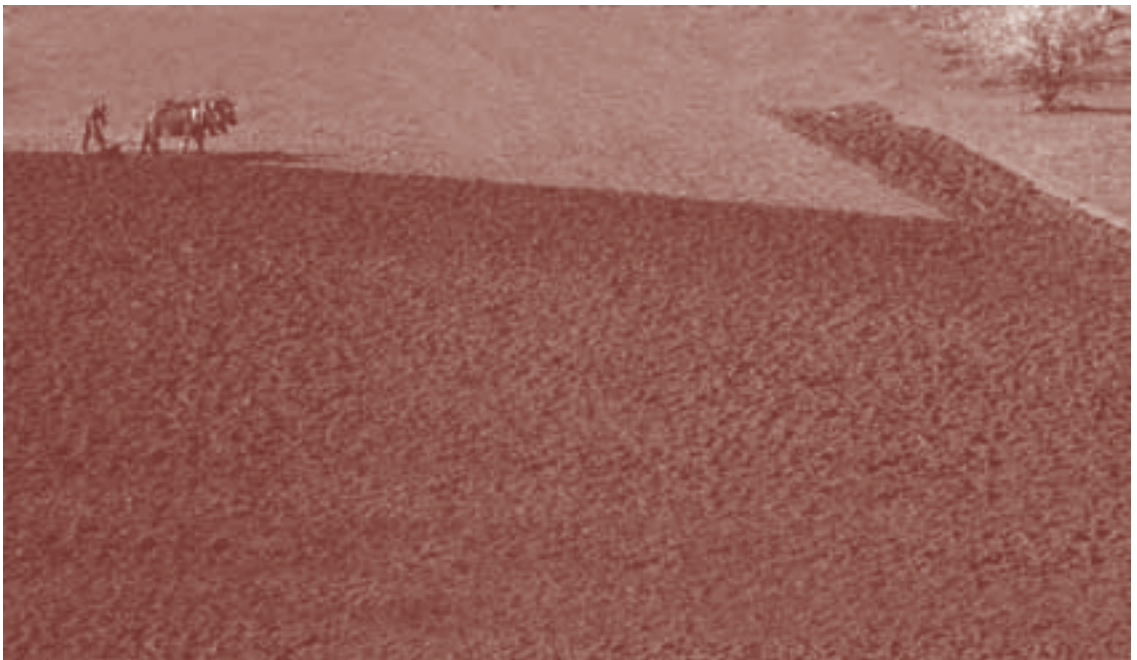
A los descendientes de yegua y asno, yeguatos se les decía. Y burreños a los que nacieran de salto de caballo sobre asna. De menos alzada que los de yegua. Fuertes como la raíz del enebro. Y con frecuencia, zainos, coceadores y mordiscones. Rebeldes al esquileo y al herraje, había que torturarlos con el acial para aplacarlos.

*Velis nolis* ‘quieras o no’, algo de los borricos hay que escribir. No cuadraba una labranza sin su apoyo. Delicia de los niños eran y piernas de los mayores, cuando ya la edad apacigua la prisa y los caballos son movidos y altos de montar.


A reducida escala, aunque no acarreasen la vinagre, eran los burros “el alivio de todos los vecinos”. En su proporción, capaces eran de realizar las mismas funciones de cualquier mulo. Siempre pacientes pues, según Aristóteles, carecen de hiel.

Mucho zascandilea en *La Biblia* donde, menos burro que su señor, llega a hablarle.

El genio de Moguer regaló al museo de las letras la belleza y amistad de un borriquillo bien tratado.



## *La Besana*

xquisito término, sin deriva sensible. Que sólo el hombre que ara o siembra puede usarlo con gozo y propiedad. Inicialmente algo de romanticismo comportaba. Era el primer surco que se abría. Maridaje del hombre con la tierra. Presuponía desgarró, calado, espera... El surco es como la llave del ciclo vital del agro. Es la boca de la tierra hambrienta. Pide grano, incita a sembrar. Y suspira por la mies y los panes.

Salió el sembrador... Y, a diestro y siniestro, esparció su canción y la simiente como granos de oro. En las piedras y caminos, entre zarzas y jarales... Solamente el trigo que acogió la besana dio el ciento por uno. La besana es arte y amor. Y los hombres del campo, humanistas profundos, son sus artesanos. ¿Quién dibujó esta página de surcos podía ser chapucero y hostil con la tierra y las bestias?.

Acaso la vida sea como una larga besana desovillada entre dos surcos profundos, trascendentes. Un buen día, un hombre, sobrado en simientes de vida, rotura el vientre de una mujer. Y en el surco profundo de su seno deja la semilla. Prende, grana y se desborda hecha vida. Y vida sigue recibiendo y sembrando. Hasta que otro mal día, la tierra, madre tierra, se abre en surco abisal, inevitable, y recupera y asimila al hombre.

En tanto, a saturar de haces y flores la besana de la vida.



## Los Carros

**P**or entonces, todavía años treinta, cuarenta... más ilusión había en los niños por montarse en un carro que en un auto. La dicha se colmaba si se les permitía tomar los ramales.

Sólidos carros de lanza eran para dos caballerías de gran alzada y potencia. El buen carro, bien enejado, armonioso había de “cantar” en su camino, sin estridencias. Siempre bien engrasado. Era un rito. Una cabria manual. Negro y grasiento el unto se tomaba de un gran cuerno hueco. Y con una pluma de cigüeña se aplicaba sobre el eje y dentro del buje. Rara vez alguno de los oficiantes no tarareaba “mi marido y el tuyo van por aceite. Uno lleva el cuerno en la mano y el otro en la frente”.

El maestro Azorín qué bellamente escribió de los carros.

Ciertamente, los carros, como la vivienda, se adaptan, nacen del paisaje, de las necesidades que les inspiran y perfeccionan. La serré, el tñburi... no son hijos de la tierra. El carro pesado, firme y sonoro, sí. Es tan de la Meseta como la bien plantada encina. Austero, duro, eficiente, es trasunto del espíritu de unas gentes. La sonoridad y la parsimonia eran las dos notas estéticamente atractivas en su desnudez. Bien que, cuando de mañana, por abrir la vendimia de cada día, se engalanaba de blusas turgentes, caras bonitas y pañoletas al viento –trotaban contagiadas las mulas de esquilas y canciones–, se suavizaba su esquema y la contundencia de sus ruedas. Ciclópeas ruedas, altas como un hombre, con gruesas llantas de hierro. Desfondaban calles y caminos. Y desempedrabán las carreteras blancas y polvorientas.

En el verano se les acoplaban grandes, fuertes *armajes* de madera. Varales y mallas corredizas a los costados. Gran volumen y arboladura tomaban. Una montaña de bálago, moviente, parecían. Al carrero tocaba pilotar aquel navío en el mar de la noche con destreza de capitán. En la era, al carro, ya cargado, bien calzado, durmiendo horizontal sobre sus propios peones, o vacío y *revigado*, siempre se le tenía en cuenta.

Hoy, en eras y corrales, desvencijados, carcomidos, sueñan cargas y caminos que nunca volverán. El punto final son a una vida que se fue.





## Parvas



En las eras, siempre, poderoso referente fueron las parvas.

Propiamente, el resultado eran de aparvar la mies trillada. Empinarla bien, requería sus normas, que el labrador esmerado a rajatabla cumplía. Rectas, bien orientadas y altas, cuanto la paja y el grano aguantasen. Como el caballete de un largo tejado habían de ser. Y a ello, con garbo, horcas y garios, se daba “toda la era”. Buena moza, garrida, que le resbalasen las lluvias, y el viento no la despeinara.

A veces, los gorriones se disputaban sobre ella un saltamontes, o una mula desmandada hundía los morros buscando grano fresco. Y descomponían la faz alisada y brillante de la parva. Y de urgencia se le hacía un *lifting* para que los chaparrones de verano no la calasen.

Si era año de grano abundoso, lleno y bien hendido, las parvas se achaparraban, y gran contento le daban al patrón. Por más que en la parva siempre se agazapaban ilusión y desconfianza... Y alternantes y en vilo se mantenían hasta el día del juicio final. Cuando se aventaba y separaba el grano de la paja; cuando el jefe, el paterfamilias y su gente bendecían la buena granazón, y no se hartaban de tomar puñados de rubio trigo y se echaban a la boca algunos granos, los masticaban y con ellos comulgaban, era la nota final del curso agrícola: la exaltación de la senara. Hasta aquí ¡cuántos ánimos y desánimos, sueños y plegarias sancionaba la parva convertida en muelo. Y de la parva, bueno o flojo el resultado, ave fénix, siempre rebrotaba la esperanza en el campo. Irremediable como una condena bíblica.

Y, otra vez, a trotar ásperos senderos con los ojos colgados en las estrellas.





## *El Agua y el Huerto*



ara los ojos, la luz. A través de la piel, el calor. Y el oído se regala con las maravillas de la música y la palabra. ¿Con qué sentido se percibe el agua?.

Llega silenciosa por la acequia del huerto... Sorprende y aparta al lector de la sombra y el libro. Y le vuelca sobre la corriente fluida, marcada con finas nervaduras. Las acequias son como avenidas chispeantes de fresca alegría. Preludio de flores, y frutos son... ¡de vida!.

El agua se siente, se aprehende con los ojos, con las manos, con las fauces, con el pecho y el alma. Tal vez con el sentido profundo de la vida. Un metasentido. Curioso. A los bebés les seduce y atrae peligrosamente, como las culebras a los pajarillos.

¿Y quién, adulto, junto a un reguero de aguas vivas, se abstiene de acariciarlas? ¿De sumergir sensitivo las manos y dejarse apresar las muñecas con sus ajorcas de leve cristal?.

A veces, en esa arteria peregrina, cabalga frenético un grillo. Y, asido a su tallo, navega pausado un clavel. Y el huerto enseguida se regocija con revuelo de mariposas. Se espurren las tomateras. Las acelgas, que ya andaban de moco caído, se yerguen. Y, como pezones excitados, se atiesan los capullos de los rosales.

Discurre animosa el agua, callada. No tanto que no se presuman, muy en sordina, mensajes y leyendas maravillosas para místicos y poetas. Porque -se crea o no- la voz del agua siempre es santa. “Que es la guzla donde Dios sus misterios canta”.

Aspersores y goteo ciegan las acequias. Grifos y tubos domesticaron las aguas y se llevaron su alma. Todas, -las de peña viva y las del pozo del milagro-, todas se homologaron. Sin caderas contorneadas ni túrgidos senos donde apoyarse, aburridos los cántaros, se rajaron. Porque ya las mozas no acudían en la atardecida a la fuente por agua. Y los mozos de la arada, sin hembras que requebrar, en cualquier charca abrevaban su yunta.

Desecada la acequia, el huerto sin amenidad, y sin su clavel la enigmática dama, tristes se quedaron.



## *El Verano*

¿Hay una palabra que atesore más gozo, tanto sol y tanta vida como verano? Un dios de luz es, coronado de espigas y frutos. Que hace tres meses, despilfarrando por el mundo el cuerno de la abundancia.

Aparte la codorniz solitaria, de suave canto, y la amistosa golondrina, otros bautistas urgían con la inminencia del verano. Redentor de hambres y estrecheces. A los niños nos sorprendían. De lejos llegaban, cargados con el polvo y las barbas de muchos caminos. Adosados venían a una gran rueda. Y se anunciaban, silbando una chifla alegre. En su quehacer, pedaleaban incansables. Nos traían el verano en una rueda misteriosa y nos lo soltaban echando chispas. A punto ponían las cuchillas de las agavilladoras.

Terroríficos heraldos eran también... A media tarde oscurecía como si fuera anochecido. Se acostaban las gallinas. Cundía el pánico. Relámpagos cegadores preludiaban truenos olímpicos, desgarrados. Los hombres, angustiados, espían las nubes. Las mujeres se reunían en casa de algunas vecinas. Destempladas, se deshacían de perros y gatos. Cegaban todas las rendijas de luz y encendían las velas que alumbraran al Santísimo el día de jueves santo. Y pías e incansables rezaban el trisagio: "Santo Dios, santo fuerte, santo inmortal...". Hasta que las campanas, batidas con desespero, por romper el nublado, dejaban de tocar.

A veces una exhalación resquebrajaba el chopo más alto del pueblo, cortaba la luz eléctrica o mataba a un mulo desmandado.

Pero el verano se restituía intacto, cálido, esplendente y animado, invitando a su fiesta. Porque, bello, eternamente bello, es el VERANO.



## La Siega

**S**imple el equipo. La segadora. Mejor que mulas, caballos. El ruido de la máquina les anima y engalla. El segador, de fuste y brío... Que al verano hay que darle cara con alegría y alma. Que domine el zumbir de la máquina, y con gracia jalee a las bestias. Y que cante, que a las faenas del campo, si les falta la tonada, les falta la sal.

Hoz en mano y pañuelo blanco, saliente como un pabellón, sombreando el bello rostro juvenil. Tres, cuatro mozas ágiles, gallardas, apañaban las gavillas. Hábiles eran en redondear las morenas.

Era la siega. Bella como una canción de siglos. Y los campesinos a ella daban con alegría y fervor. Y en su intimidad se acordaban del Dios que administra la lluvia, el sol y el granizo. Los antiguos, por amaestrados de Júpiter y Ceres se tenían. Y con poéticos ritos celebraban sus cosechas. De niño, oí comentar a los ancianos técnicas de la siega: a carrera larga, a dos manos, a parejo...


La segadora desterró las hoces, cien veces afiladas; las zoquetas, amigas de los dedos, y los vencejos de atar los haces. Y nunca más Castilla se invadió de parameses y gallegos. Aquellos malpocadiños que tanto le hicieron gemir en falso a Rosalía: *Casteláns de Castela / tratade ben ós galegos. / Cando van, van como rosas, / cando vén, vén como negros.*

Cierto: como rosas de té llegaban. Faltos de sol y sobrados de coles sin unto. Legumbres, tocino, negra cecina y el peleón de la tierra les templaban. Les tostaba el sol; el tizón y la niebla –poco dados como eran al agua– les ahumaban. Y recios volvían a su bella Galicia. Prestos a retornar el próximo estío. ¿Adónde acudió el gallego sin su apetito, su quejumbre y saudade?





## *La Era*

ntonces, verano y era como hermanos siameses se habían. Establecer la era comportaba dedicación, esmero y hasta rango. Cuadras y casetas habían de habilitarse. Que en la era y sus oficios bien pudieran invertirse dos meses y aún más. Goces, sudores, esperanzas y contrariedades, como los granos del cereal se remecían en esa amplia temporada. Sólo quienes en cada haz acopiado, fanega aventada, o en los ríos de sudor vertidos ponían afán y ternura, nunca se descorazonaban. Ellos eran los bienaventurados que renacían con cada aurora. Y todo lo amaban. Y en la gracia de todo ser y quehacer se complacían.

El agricultor de buena hebra... el que ara su campo, poda su viña y ha sudado el pan de su mesa, en la era se siente señor. Y, como al bíblico Booz, bajo el cielo estrellado y junto al grano le gusta dormir. Con el alba se despierta y, pie a pie, mide el muelo. Y si ronda su talla, se devana el magín calculando fanegas.

Tumbada la última espiga, sin darse respiro, se comenzaba el acarreo. Había de hacerse una gran meda, que nunca faltase bálago para trillar. En un ángulo, bien afianzados los arrendaderos donde amarrar el ganado, una montonera de avena en rama. En ella, sin medida, se apiensaban las mulas. La avena, refrescante y nutritiva, no provoca torozones como la cebada y el trigo recién cosechados. Descargado el último carro de la noche, libre de arreos la recua, se revolcaba. Y, abrevada ya, acudía libremente a la avena hasta iniciar la trilladura nuestra de cada día.

Celebrado el jubileo de tener la cosecha en seguro, como si fuera una habitación de honor, se barría la era.

Bien barrida, si invierno y abril fueren generosos en aguas, garantizados quedaban días de ricos pastos. Y de “abejitas de mil en mil sobre las flores de la retama y las hojas del toronjil”.



## *Los Árboles*

**H**ara entender a los árboles hay que acercarse a ellos en actitud humilde, receptiva, amistosa. Dispuestos a vivirlos por dentro y por fuera. Predispuestos a dejarnos tocar el ánimo. Porque cada árbol, como cada paisaje, despierta un sentimiento.

Musicales y musicantes, hasta en el silencio verde que a ratos retienen en sus copas, son melódicos... En el sonido calmo y silencioso del bosque se afina y corporeiza la plenitud del ser. Las arboledas, recelosas de sus tesoros, solamente recrean a cuantos nos acercamos a ellas reverentes y devotos... Que, al fin, veneración merecen. Pues retablos vivos son, creados por Dios para el templo de la Naturaleza.

Otras músicas duermen entre sus hojas y ramas, siempre a punto, esperando los dedos de la brisa, del viento o de la lluvia.

La vida urbanita nos impone árboles dóciles, asociados artificialmente como en una pasarela de bellos modelos.

En libertad, sensibles y sabios, escogen el punto justo del entorno donde más embellezcan el paisaje. El titánico chopo castellano se desvive por las riberas de ríos y canales. Y no por ver reflejada su imagen. Más bien, por romper la horizontalidad... Y escuchar, sin duda, la eterna canción del agua... “Palabras de amor, palabras...”.

Hasta en elegir aves e insectos que les habiten y arrullen son personales. Y selectivos y eufónicos son sus nombres: arrayán, sicomoro, abedul... O magnolio, de hojas acharoladas y grandes flores blancas y fragantes como el rostro de una niña nórdica.

Tan sutilmente entreverados van en nuestro vivir los árboles, que son como un teclado de símbolos y evocaciones... Que no contemplamos igualmente la encina queda y expandida sobre la meseta, que el ciprés altivo y alanceador de silencios y espacios.



## Acémila



ra burreña, de poca cuerda y mucho temple. Gris como el acero. Bien compuesta, bonita. El tío Floro y su parienta, casi como a una hija la mimaban. *Campanilla* le decían. Era toda su cuadra. Sola alzaba, cruzaba y zurcía sus amorosos y barriales. Voluntariosa como era, rendía a tope en el acarreo y trillado de la mies.

*Al subir la cuesta del Reventón*, pares de gran pujanza atascados se quedaban con su carga en aquellos baches como pozos. Orgullosos, el tío Floro enganchaba su mulilla de reata. Le signaba la frente, le acariciaba el morro, y sin látigo, dioses ni cristos “¡Vamos, Campanilla!”, le decía. Y cómo se tensaba el pobre animal... Le crujían los huesos. Los mirones –medio pueblo–, en silencio. Y *Campanilla*, de uñas desempedrababa la calle. “¡Vamos... *Campanilla!*”. Y la gente aplaudió. Y todos, grandes y chicos, por igual, al dueño y a su mula de acero palmeaban. Un chavalín le dio la mitad del pan de su merienda.

Valiente y adiestrada, era admirable como una heroína animal. Milagros del trato humano que hasta a las bestias somete y acerca a los hombres. Aun así, era una acémila. El vocablo es ágil y sonoro. Y en su meollo pleno va de servicio, esfuerzo, alivio... A punto ya de quedarse sin percha que la sustente. Porque aquellas acémilas aplastadas bajo montañas de fardos, cajas de obuses y aun piedras de cantería, ya no existen.

La lengua, sabia y dinámica, asimila y ahorma los términos descolgados. Acémila hoy –en su sesgo traslaticio–, alude, connotada de negativismo y desconsideración, a persona sin modales ni sensibilidad. Puede también ser elogio de gentes abnegadas, sufridoras.

Fuera yo, en mi noble quehacer, si Dios me echara una mano, acémila sufrida e incansable.





## La Matanza

**Q**ientras lo perseguían y atrapaban, gruñía el cerdo como si lo fueran a matar. Ni los gruñidos, agudos como cuchillos, ni el chorro de sangre conmovían a nadie. Ni siquiera a la chiquillería, que disfrutaba horas felices. Que “cuando se mata al marrano y se muere la abuela, no hay escuela”. Además, ese día se almorzaba asadurilla en la misma mesa que el matarife y otros hombres fornidos y de bien soplar. Y con suerte, algún culín de vaso...

La casa hervía de mujeres. Tras andar la sangre en barreños bien esmaltados, en un santiamén servían el almuerzo a los hombres. Y, resueltas, garbosas, metían mano a aquella montaña de tripas. Esa misma anocheada ya se cocían las morcillas. Se llenaban con cebolla, sangre, piñones, arroz y algún pispajo mantecoso. Con el caldo de cocerlas se hacían las arrapas.

¡Ay, las *jijas*! ¡Gloria bendita! Tantos años y de sólo recordarlo se hacen agua la memoria y el paladar.

“¡Al freír, será el reír!”. Suculento día el de freír y meter en olla. En reluciente caldera de cobre, al fuego vivo de troncas, se derretían porciones de tocino. Bullente ya la manteca, se liberaban de la perola, exquisitos, los chicharrones. Y se freían los chorizos nobles y tajadas de lomo adobado. Y todo se custodiaba, como un tesoro, en grandes orzas de barro, saturadas de manteca.

En ese mismo cobre refulgente, barboteando manteca limpia, se hervían cebollas, cabezas de ajos, castañas. Con unos chicharrones, alguna morcilla, sangre cocida, hígado, pajarilla y un rosario de ajos y castañas, se llevaba la manda o colación a deudos y amigos. Y como entre muchas gentes era costumbre –hermosa costumbre– nunca devolver un plato o bandeja vacíos, con albricias se recibía.

Pese a Mahoma, se sigue bendiciendo al cerdo y al Dios que lo *fizo*. Que bien cierto era en aquellos tiempos de guerras y sequías que “un calendario zaragozano, una misa y un marrano, el arreglo de todo el año”.

Entrañable lazo era la matanza. En un quehacer y gustar entusiastas, anudaba familias y amistades.





## *La Viña*

**A**h, la viña... Una llamada permanente era a la sensibilidad del viñador. En el campo no hay labor que no requiera nimiedad, exquisitez en tiempos y modos. Que, por más que en el laboreo del vino anduviesen por medio los pies, todo lo pertinente a un buen caldo siempre se realizaba con mimo y artes de virguería. Desde antes de plantar el primer bacillo. Planta selectiva es y no fructifica felizmente en cualquier terreno ni a cualquier sol.

La sola palabra ya verdea como un oasis en la rastrojera de la Meseta. Y evoca alegrías en la vendimia y hervores y gozos sapientes y decisores en la bodega.

Hasta dar los racimos en las cubas ¡cuánto hacer, discurrir, mirar y suplicar al cielo!.

Amplias y profundas las hoyas. Desbarbillados los bacillos y bien arropados los injertos. Proyecto en la poda de cada cepa pensando en su porte y en que al sol le gusta poner oro y vida en el fruto. La vara productiva, siempre calzada en pulgar añejo. La producción en espaldera muchos términos y modos echó abajo.

Nada de la viña, si se hacía con esperanza, era ingrato, por duro que fuera. Abrir, acampar, sulfatar eran llevaderos. Sarmentar quedaba compensado con el entretenimiento de disponer los manojos como arenques en un barril. Y hacer una tenada alta y redonda como una torre de avanzadilla.

La viña era vida en su verdor y en la gloria de sus frutos. En jornales y alegría. Y hasta en la paz y frescor que le transfería al paisaje.

Sus pájaros e insectos propios criaba.

En la Tierra de Campos... los majuelos desaparecieron hace años. Nostálgico se tornó el panorama. Con ellos se fueron brazos, hábitos y dichos centenarios. Y hasta del carácter de aquellas gentes se llevaron algún perfume. Que privados del risueño verdor de las vides, hubieron de posar sus pupilas en hirsutos rastrojos y en agrestes barbechos, duros como la mirada del lobo.



## *La Trilla*

**L**a gran función –dramática– del verano, además de grandes actores, tenía su escenario propio: la era. Y de cuanto allí se escenificaba, nada tan bello y atrayente como la trilla. Encanto y alegría zarzueleros llevaba.

Previamente desbalagada con horcas de madera, ciegos y humildes entraban los trillos. Apisonaban, crujían la mies encrespada, reseca de sol. Vulgares trillos, desharrapados de toda gracia. Hoy arrumbados, sin función alguna, siento pena de vosotros... Vuelta tras vuelta, hora tras hora, por hacer tabaco la mies, cuánto sueño, sudores y aburrimiento remolcabais pacientes... Y cuántas esperanzas y canciones se echaron a volar desde vosotros. Competáis con el padre Duero en moler con vuestras cantinelas las cosechas mal logradas. Se dividía la trilla en holladuras. De dos a tres horas. Al fin de cada una se tornaba, se volteaba el bálago. Y al final, con el apavadero y una bestia se amontonaba la trilla, y se hacía la parva.



## *Silencio en el Campo*

**Q**uel jolgorio juvenil se apagó en los pueblos. Mudos quedaron, y silencioso el campo. Ya nadie canta: mozos, pájaros ni grillos. De aquella lista de pájaros e insectos vibradores que hacían vivo al campo, cuántos se han caído: el alcaraván, el triguero, las chirlonas, el arreaburros, la abubilla, la siseante lechuza... Y hasta, acaso, la reina del amanecer —sublime por su canto y la altura de su aleteo—, la alondra. Nunca más las chicharras aserraron las siestas de los segadores. Ni el grillo cebollero taladró la noche con su monótono berbiquí.

Sin canciones humanas, reducidos insectos y pájaros sonoros, el campo perdía su voz. Ya ni siquiera rebaños ni pastores dejaban la sierra triste y oscura, cantando camino de la Extremadura.

Con la estabulación, ya ni chozos, majadas, ni teleras. Los familiares rebaños ya no prendían la lírica de sus cencerros en el paisaje.

Los poetas, cuántos, minusvaloraron el tema. Y bien por inquietud o medro social, oportunista, se desvivieron en asuntos más rompedores.

En tanto el paisaje se achicaba en insectos, pájaros y plantas, tantas hierbas y bichos anónimos durante años, hoy, en catálogos de herbicidas se muestran con nombre y fotografía. Especies son a extinguir.



## *El Perro*

**L**os canes, como todos los seres vivos, tienen su misión que cumplir. Y en función de la relevancia de la misma, puntúan los humanos su aprecio. Las capacidades que este buen servidor del hombre conlleva, aún no han tocado fondo: centinela, guardián, cazador, transportista. Rastrea, guía, presta sus ojos a los ciegos y rescata vidas. Bien justificadas quedan su existencia y estima humana.

Los antiguos trashumantes de incontables, bíblicos rebaños de merinas, seguros de sus mastines, hacían y deshacían el Norte-Sur de media España. Noble, sosegado de carácter con sus gentes y ganados, era el mastín leonés. Grave, siempre a punto en su puesto y quehacer. Musculoso, bravo y grande. Con buches se los confundiera si no llevasen espinosas carlan-cas. Que monte adentro habían de tenérselas con fieros lobos rapaces. Profundos, broncos, disuasorios en el ladrido. Bien conjuntados en el trabajo y la pelea con manadas de lobos. Templados y hermosos en su estampa. Todos muy parecidos. Acaso porque “en una majada, los pastores extraños y los perros hermanos”.

Grandes o pequeños, los perros siempre viven dispuestos a ayudar a los humanos. Los pequeños, chinchos y cascarrabias –quizá acomplejados–, ladran y alborotan sin parar. Su ladrido, fino e hiriente a los oídos.


Los perros, como todo ser rico en sensibilidad, sensiblemente se expresan. Aman, juegan, gozan, se enojan y enfurecen. Hablan y matizan su decir en el ladrido, en el gemir y con el rabo y las orejas.

Muchas veces el perro, a través de sus sentidos, marca y descubre bellas situaciones que, sin el fiel acompañante, pasarían inadvertidas para el hombre distraído. Un perro educado y de buen carácter transfiere sosiego. En un rato de relax, si en actitud receptiva colocas la mano abierta sobre la cabeza del gran amigo, sentirás la palpitación de la vida y la entrega del bruto.





## Caminos

aminos altos, caminos claros; rectos y tortuosos, profundos y sombreados caminos. Obedientes y obsequiosos caminos que se pliegan al terreno y se destrenzan hasta el mísero caserío abandonado. Todos sorprenden al caminante, al senderista con idéntica pregunta: “¿Adónde el camino irá?”. Todos los caminos llevan a alguna parte. A un destino exitoso, a un amor. Y, a veces, a algún fracaso. Y todos, como una flecha dorada, invitan a rastrear la fortuna. ¿O eso de marchar es una predisposición congénita que empuja a hacer caminos al andar? Porque, yéndonos estamos desde que abrimos los ojos.

Al paseante campestre, que goza descubriendo caminos, trochas y ramales, le acucia saber cómo nacieron los caminos. ¿Surgieron espontáneos como las flores silvestres que tan bellamente los bordean? ¿O los marcaron bestias y hombres? Imaginativos caminos de dinosaurios, cañadas de elefantes. Sendas de alimañas y matuteros. Y también, enamoradas veredas donde nunca crece la hierba.

Igual que junto al río Duero, nadie se detiene a oír el aluvión de vida que los caminos trasegaron. ¿Quién pregunta a los viejos caminos su historia, las penas y alegrías, honores e infamias que por ellos transitaban?

Entramado en la vida terrenal anda el camino. La Teología, al ser humano –mientras huella estos pagos como *homo viator* (‘ser itinerante’)— lo designa y considera. Un perdurable caminante –desierto a través–, buscando la patria. Y con menos trascendencia, de los aventurados caminos de la vida se habla.

En realidad, más allá de esta cinta que blanquea de tan pateada, ¿qué son los caminos?

Errátil estrella marcó su senda. Se le ocultó, enramada entre dudas. Y, ya sin camino, le ocuparon en un redil de muchachos. Y, apuntándoles caminos, se entretuvo.

Hoy no sabe cuánto se equivocó... Piensa que gastó la vida indicando por dónde se accedía a los empinados caminos del ideal, del amor, la madurez y el deber.

Mientras, él, anclado al borde del camino como un viejo indicador, envejeció. ¿Sería ese su camino?



## *El Vino*

**V**añadas como huras de conejo a gran profundidad, se hallaban las bodegas familiares, rurales. Reino de tinieblas eran donde dormían la chispa, la inspiración, el poema.

El buen viñador, en la limpieza de la bodega ponía parecido empeño al que el ama de casa gasta en aderezar la alcoba donde se sirve al amor.

La diáspora del campo, la ascética explotación en zonas de más solera cerraron las pequeñas bodegas caseras. Bodegas sin vino... Pueblos sin alegría. El pequeño núcleo agrario languidece y bosteza por la boca de una bodega sin puerta.

Gime la vieja, pesada llave de forja. Al parpadeo de unas candelas se abultan cubas oceánicas, pomposos toneles. Duelas desavenidas. En algunas aún se lee un nombre, una afición: Mazantini, Belmonte. Telarañas y el olor acre y húmedo del abandono, empujan a dejar la amada bodega familiar.

Confortan los grandes vinos. Por jerarquía propia, el vino es triunviro bíblico con el pan y el aceite. Y los tres, con el agua, materia sacramental. Seriamente agujereado quedaría el Evangelio si de él se borrara el vino.

Un día, un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó. Y en la cuneta del camino se dio de bruces con un viandante maltrecho. Una llaga viva era. Y lleno de ternura, el noble samaritano le desinfectó las heridas con el vino. Y se las ungió con aceite de su provisión. Y, como no podía ser menos, le reanimó con sorbos de vino. (No es glosa poética de la parábola. Eran los auxilios del socorrido corpus hipocrático, imprescindible en la fiesta).



## La Cosechadora



ambios como cataclismos sacudieron al mundo rural. Al labrador le trastornaron sus esquemas. Todo cambio algo viejo se lleva y algo nuevo aporta. A los jóvenes, de neuronas frescas y ávidas, la novedad les encandila. A los mayores les asusta y apoca. Endurecidos ya, se ven relegados. Y, a veces, fondean en el doliente misoneísmo.

La concentración –borrón y tierra nueva- se llevó el minifundio. Y con él, el fervor por la hijuela heredada de generación en generación. Aquel pedazo de suelo regado con la sangre, sudor y esperanzas de largos ancestros. El campesino, arraigado en él *ab útero matris*, hubo de abandonarlo y hacerse a pagos extraños.

¡Qué gozada, tan extensa parcela! Tan regular. Hizo números... Apretándose un poco y con el banco por medio, hubo tractor a pagar en años. Mucho se alivió el trabajo y se acrecieron las cosechas. El tractor divorció al agricultor de su tierra. Ya no la hollaba tantas veces como surcos abriera, asido a su arado. Vacío las cuadras rumorosas de piensos.

Todo estaba forzando la aparición de otro ingenio. ¿Ángel o demonio? En un decir Jesús, te ventilaba una heredad. Arramblaba con todo: cereales, maíz, legumbres, girasoles. La cosechadora libraba además de poner era y de trasegar el trigo al granero. Pero cómo empobreció el alma del campo. Se llevó románticas estampas, canciones de siega. Y el eterno femenino –espigadoras y segadoras– que tanto humanizaban, poetizaban los rigores de las campañas estivales. Hasta la dulce brisa de las campanas ahogaba el rugir del colosal invento.

Carros, trillos, herramientas, bestias y arreos. Mañas y destrezas, que hacían viva la era y urdían gozoso el poema del verano, desaparecieron. En la memoria de viejos nostálgicos y en algunos museos, se cobijaron con su nombre y sus funciones. Testigos son de una época, como la navegación a remo, fenecida. Y al viejo agrícola –tantos años y surcos a cuestras– a veces le parece ser un apero, una bestia superviviente.



## Chicharras



El verano era el festejo principal de todo el año agrícola. Tantas horas de luz, tantos pájaros nuevos. No había escuela y quedaban días para el vagabundeo y la picardía.

Yo, en el cargo de recadero, me sentía a gusto e importante. Grande como una campana, bajo un sombrero de paja, en días de canícula, por llegarles frescos el vino, el agua y la ensalada a los segadores, tenía que avivar. Y más pena me daba apurar a la burra bajo aquel sol de fuego que socarrarme yo. Desaparejada Petra, enseguida se ahilaba con las linderas ramoneando tallos, más apetitosos que la escoria de las espigas reseca. Nunca llevaba a los perros. Que persiguiendo perdices o codornices, gran daño hubieran hecho en la mies agostada y crujiente.

Clavaba mi padre unos chuzos altos como el palo de una escoba. Y con una loneta enganchada al tablero de la segadora, conseguía desbravar la furia del sol. Y allí despabilábamos la comida. Yo siempre junto a mi padre que, cuando ya todos habían pimplado bien, me dejaba chupar un poco la bota. Acabada la comida, a tortas con tábanos y moscardas, la tropa toda seesteaba. Las bestias, a pleno sol, rebuscaban en las cebaderas. y coleando y pateando, protestaban a los moscardones que les chupaban la sangre.

Mi padre se iba por los linderos a recoger escobas. Cerca del sombrero, rabiosa rechinaba una chicharra. Salí por darle caza. Me cegó el sol. La mies no ondeaba. Y de sólo mirarlas las espigas se desprendían de la caña. Era un macho. Verdoso, patilargo y grande como un pajarillo. Lo capturé. Tantas veces llevé a casa chicharras bajo el sombrero... Manola era una hermosa moza. Cerca de mí, sobre la tierra hollada, dormía boca arriba. Por sobre las rodillas, la falda tensa dejaba un hueco sugerente. No sé si fue malicia o travesura. Entre pierna y pierna solté el bicho irritado. Y por mucho que le forzaba la dirección, se negaba a entrar en aquel oscuro recinto. Tomó campo abierto sobre el vientre liso de Manola y, tras pasados los montes agudos de sus senos, dio en la senda cálida de su cuello largo y bien modelado. Un resorte eléctrico fue. Chilló la guapa, y todo el cortijo se despertó. Sólo yo, entornado de espalda, contenía la risa y fingía dormir.





## *Los Árboles de mi Niñez*

**C**erca de mi casa, y pegada al arroyo de mis correrías infantiles, había una chopera. Breve y estrecha. Suficiente para acoger entre sus hojas pájaros y cigarras. Eran chopos canadienses, de tronco liso y erguido. En ellos aprendí a trepar hasta que su fronda me ocultaba por completo. Con cinco o seis años, allí descubrí mi primer nido. Era de colorines. Fue como un sello de ternura troquelado sobre mi sensibilidad infantil.

A doscientos o trescientos pasos, tras una cerca, había otros árboles mucho más altos y frondosos. Cuando, uno o dos años adelante, me atreví a saltar el cercado, vi que también eran chopos. De hoja más pequeña y de un verde más oscuro. Imposibles de escalar. Su tronco, rugoso y cortezudo, estaba arropado desde la base por ramas fuertes y tupidas. Eran chopos castellanos.

En todo el pueblo, los de la pajarería más alborotada, eran los tres álamos de junto a la laguna. Altos, altos, mucho más que las casas del pueblo. De hojas trémulas y de plateado envés. Algún saúco de grandes flores olorosas recuerdo. Ni un pino o ciprés crecía en todo el pueblo ni en su término.

Ya en el colegio, allá en Álava, en las excursiones al monte Oro, tantos y tan diversos árboles me obnubilaban... Robles, encinas, abetos... Las hayas me fascinaron. Dejaba juegos y compañeros y me iba solo entre tanto arbolado. Me subyugaban los leñadores con sus hachas de largos mangos... A veces pensaba si no andaría cerca la casa de Blanca Nieves y sus enanitos.

A partir de ahí entraron a contextualizarse los árboles en mi vida.

Mis estadías registradas están en el ánimo, connotadas, de alguna forma, por la abundancia o penuria de árboles... Murguía, Carrión, Comillas... Oasis fueron en la ruta de mi vida. Nunca me saturé de bosque.

Sin árboles, para mí la vida sería irrespirable. Cada árbol desde su individualidad específica, desde su estética diferenciada me tienta, casi me interpela como un poema.



## *Horcas, Bioldos y Escobas*

**Q**ás larga era que la lista de los reyes godos. Y toda la chavalería, de pe a pa, sin titubeos, las identificaban. Y cuántas había en cada era. Trillos, carros y aventadoras aparte, todos los útiles o herramientas eran manuales, casi entrañables. Y nadie –salvo los forasteros de la ciudad– las llamaban chismes, aparatos o artefactos. El mundo del agro –maduro o infantil– distinguía con precisión de cirujano los instrumentos y su función. Nadie confundía el gario con el bioldo.

Al bioldo lo arrinconaron las aventadoras. Pero amigo de los vientos, siguió útil para preguntarles de dónde soplaban y así orientar las limpiadoras. El gario, a mayor escala que el bioldo, dispuesto estaba para trasegar la paja trillada. Para encopetar los carros por sobre los telerines o zarzos; y a través del boquerón para encañar los pajares. Las empacadoras los jubilaron.

Imprescindibles se hacían también las escobas. Y los rastros, de infinitos dientes. Las confeccionaban a mano los propios hacenderos. Plantas espontáneas de lindes y vallados. Altas, recias las de *bailarota*, barrían el solar donde se trillara la mies. Y raían el grano residual que, al levantar peces y muelos, quedaba adherido, a punto de nacerse entre yerbajos amarillentos. Los *renaceros*. Otra muy útil también era la pequeña escoba de cabezuela. Con ella se abaleaba el grano ya limpio. Se recogían del faldeo granzas y abrojos.

La especie más variada y bien batida de todo el instrumental eran las horcas. Las había de hierro y de madera. Éstas, de dos y cuatro guijos, ganchos o dientes, daban mucho juego para desbalagar, tornar, empinar las parvas y desviar la paja.

Otra horca de respeto había en la era. Largo, consistente el mango. Pinchos de acero. La *purridera*. Con ella, el *purridor* daba los haces de las morenas al ponedor, que los disponía en el carro o galera.

A la gente menuda, para infundirnos respeto, crímenes horrendos se nos contaban cometidos con la horca *purridera* de corvos y brillantes pinchos.



## La Alquería



¡*Qué bien mariposear sobre Bendición de la tierra!*

Isak, fornido y áspero, sin más encima que un saco de víveres y herramientas. Herrumbrosa la barba. Claro el propósito, duro y tenaz. Él sería la figura centro. El valle y su río estrecho –lo saltaba una liebre–, su mundo. Animales y una esposa completarían el cuadro para la alquería ideal: Senllanraa.

Tamaño sacrilegio sería, de una epopeya, refreír un cuentecillo.

Las alquerías brotaban de la tierra, de sus entrañas, porque antes en ella habían caído anhelos, sudor y estrellas.

Acaso la lejanía urgió la presencia de manos y bestias pegadas al tajo. O bien pudo ser un clamor telúrico, atávico del campo y su venenoso misterio. Otras veces, sin duda, fue una pulsión íntima que arrastraba a recrearse, creando. Cielo y tierra, el agua, el aire y el sol se dejan, a días, amalgamar por la ilusión y el esfuerzo. Y día a día y año tras año –árboles, aves, rebaños–, recuperan una porción del paraíso perdido.

Y en él, en la alquería, cumplen la bíblica condena: amasan el pan y la hacienda con sudor. El suelo generoso les compensa con frutos de *pinguedine terrae* ('de tierra feraz'). Y el cielo, con prolíficas bendiciones: hijos, paz y templanza.

La vieja alquería era un mundo en miniatura que había de mantenerse, renovarlo y darle crecimiento. Y en ese empeño, en esa transformación sin fin, sus actores vivían, crecían y se autorrealizaban, sabiéndose protagonistas útiles.

El seguimiento y compañía espontáneos de gorriones, palomas... La bendición inaplazable de las flores cada primavera y el retorno de las golondrinas confirmaban la gozosa normalidad de aquel vivir.



## *El Caballo*

**E**l escribir de las maravillas que desbordan la admiración, se impone la humildad. Y preferible es apoyarse en firmas señeras que decir vulgaridades.

Su relincho –dice Shakespeare– parece la voz de un monarca, y su porte exige vasallaje. Y Jenofonte, hombre de heroicas gestas y grandes galopadas, confirma que “un caballo es algo de tal belleza, digno de tanta admiración y maravilla, que atrae la atención de todos los presentes. Nadie dejará de mirarle mientras se manifieste en todo su esplendor”.

Enamorado del mismo, el cisne de Mantua largos versos le dedica.

A los toros –dicen– nunca hay que perderles la cara. De los caballos no se puede perder su figura escultural, la arqueada, altiva elegancia de su cuello de largas crines. Y nunca sus ojos, vivos, brillantes y comunicativos. En la mirada de un caballo se lee su estado de ánimo, su bravura y amistad. Las orejas y sus relinchos matizan su decir. Nobles, generosos y fieles con como un perro.


Tanta maravilla no pudo crearla Dios para que, lleno de mataduras, se deshidrate, arrastrando vertederas o trillos dormidos.

Separó Yahwé la tierra de las aguas. Y oreó el firme, que enseguida se cubrió de hierba. Y viendo llanuras de verdes pastos, inmensas como los mares, tomó un puñado de viento –dice la leyenda–, le echó el aliento y creó el caballo.





## *Los Árboles Desnudos*

ómplices y protectores se hacían los árboles en amores iniciáticos. Dos letras y una fecha, abrazadas por un corazón hendido en la corteza rasa de un árbol, eran un monumento romántico a las primicias de un amor... “Dichosa edad y siglos dichosos...”.

Vivir, respirar, escuchar el dolor silencioso de la floresta requiere claves líricas de sensibilidad. Poetas y ecologistas se esfuerzan en traducirnos el lamento gimiente de la tierra agredida... Ninguno tan desgarrador como la torrencera –sin árboles que la regateen y desbraven–, frenética por cárcavas y escorrentías. Hasta el viento, sin árboles donde enredarse y aullar, se enrabia y arrasa.

El invierno -verdadero gato garduño- aún ronronea adormecido en el regazo de un otoño sereno y templado. Y yo temprano aprovecho. Y cada mañana acudo a un parque solitario. —¿Adónde, tan madrugón? —me preguntan las vecinas.

—Voy a ver un striptease maravilloso. Voy a ver desnudarse a los árboles.


Callados, lentos... ¡Con qué pudoroso encanto se desnudan...! Parece que una fantástica nevada va cubriéndolo todo. El césped, los paseos, los bancos... Copos grandes, verdeamarillos, que también me caen como una bendición en el sombrero. Son como tarjetas de identidad originalmente bellas, irrepetibles. Un adiós y una promesa de retorno en primavera.

Viendo quedarse coritos los árboles... me doy cuenta. En qué poco tiempo, cuánto me ha engordado el álbum de los ocasos: los adioses... de caídas de la hoja... Creo que nadie tanto como los pájaros y los ancianos vive tan hondo el desamparo de las “hojas del árbol caídas”... Que, por más que el viento las embista y revuele, no son pájaros ni mariposas: “Juguetes del viento son...”.

Y la fiel memoria nos rezuma “las ilusiones perdidas...”. Que se fueron sin promesa de retorno...



## *Senara*

n los pueblos, el día de la senara era un día grande. El labrador sacaba brillo a los arreos. Preparaba los collares de esquilas y llevaba a casa una cántara del vino mejor. Su mujer tenía a punto una bacalada, cecina y queso curado. Y así se hacía más o menos en todas las casas. Siempre había ayudas, amigos y vecinos que acudían a participar del gozo familiar. Que nunca en la casa del labrador, labriego o labrantín se amontaron los goces. Por ello, había que congratularse, porque tras nueve meses, día por día mirando al cielo, bien merecía celebrarse. ¡Ahí es nada, el trigo en la panera! Ya se dormía mejor. Era una acción de gracias. Conmemoraba el proceso, el milagro anual que convierte el grano de trigo podrido en el pan nuestro de cada día.





, como no podía pagarle el costo de la recogida, en especie se lo pagó con creces. En un fardel de lienzo moreno le vació dos almuestras bien colmados de garbanzos. Estirados de piel, de tono trigueño, rosado... Y, añadiéndoles el corvejón de un pernil –le dijo con humor–, el agua, la sal, el arte y el hambre los pones tú. Gordos como avellanas eran. Porosos, de buen cocer y exquisito yantar.

En todo el campo se conocían las tierras garbanceras. Casi con veneración se las miraba. Y, si habían de venderse, conseguían precios estimables... Que, después de la pitanza del cerdo y la vaca, nada se apreciaba tanto como un rico plato de garbanzos. Alubias, lentejas, habichuelas y guisantes catalogados estaban en rangos inferiores. El garbanzo sobresalía como rey entre todas las legumbres.

Mucho de ritual tenía por entonces el cultivo del garbanzo. Oraciones aparte, cruces y asperges con agua bendita, se habían de tener en cuenta lunas, lluvias y vientos. A mano, uno a uno se sembraban en el surco pardo y humeante como si fueran pepitas de oro. Rápida y gozosa, si acompañaba el tiempo, solía ser la nascencia. Se temían heladas a destiempo, rocíos persistentes. Y además de rezar, muchos eran los que, en pareja, concienzudos y confiados, surco a surco pasaban una maroma. Esperaban así exorcizar maléficas rociadas. No recuerdo si realmente comportaba alguna eficacia. Mucho oí hablar de la rabia del garbanzo. Nunca supe en qué se sustanciaba. Sí recuerdo cosechas decepcionantes. Apenas se conseguía alguna simiente y muy tarada.

También recuerdo que se visitaba el garbanzal con gozo y esperanza. Y al terminar la floración, a modo de talismán, se le distribuían unos espantapájaros para evitar el esquileo de las entonces abundosas alondras. Bien que no eran éstas la plaga depredadora más temible. Buchonas, voraces e insaciables, las avutardas diezmaban la cosecha.

Digno de colección antológica era el ingenio, la variedad y la eficacia de los espantapájaros, que tanto animaban el paisaje y avivaban la imaginación infantil.

De cuantos granos se despepitaban en la era, el más bello por sus tornasoles, el de las vezas. Pero ninguno tan respetado ni de tanto aprecio como el del bendito garbanzo. En su diminuta orografía, la imaginación infantil descubría un rostro humano contrahecho, jibarizado. Mucho se me expande el ánimo cuando algún escritor habla de garbanzos como perlas.

Yo, que por gracia del cielo crecí entre mieses, mulos y trillos, pronto aprendí a clasificar y valorar los diversos granos que afluían y enjoyaban el solar de la era. Ninguno como el garbanzo. Se recogía con esmero. Casi siempre a hoz y con el fresco de la madrugada, para evitar que se desprendieran sus preciadas vainas. Y en la era, siempre había un rincón protegido. Se les apilaba en rama, haciendo un almiar. Y era preceptivo arroparles con paja o con mies, hurtándoles así de las lluvias que, decían, les condicionaba una mala cocción.

Era la suya la última trilla, cascabelera y sabrosa. Que las vainas crujían, cantaban bajo el trillo y al aire se mezclaba el salitre de la rica legumbre.



## *Labradores de Ayer*

**N**asó el campesino azacán, sudoriento, con barba de días y renegrída la tez por los hornos de agosto. A pesar de tantas mejoras, el agricultor de ley, colgado sigue del cielo, espianando, día y noche, nubes, soles y vientos. Seguros y subvenciones... bien están. Pero su gozo, como antaño, en ver cómo tira la siembra está. Y en perderse entre la mies que a golpes le cosquillea en la barbilla. Y en hundir la mano en el cereal cosechado y ver que, por fin, granó “como piñones”.

Inseguro vive, intranquilo. Las simientes esas... transgénicas, le revuelven hasta los posos. ¿No se dijo siempre que “el trigo, trigo y el hombre, hombre”? Sustituyó esteva y ramales por el volante. Aún era flexible. Pero cambiar, cambiar... Cuántos campesinos maduros que dejaron la pana y el dril se establecieron en la ciudad. Y de corazón viven en el pueblo, porque allá, aparcadas, dejaron su vida y su alma.

Acércate sencillo y amable. Son muchos, inconfundibles. Se juntan. Buscan paseos tranquilos, despejados. Siempre hablan de lo mismo. No han perdido el pelo del pueblo ni la dignidad señorial del hombre del campo. Uno cualquiera. Háblale del tiempo, las cosechas... Y pronto te abrumará de nostalgias sangrantes: él, allá en su pueblo, llevaba un par de mulas grandes como dos montañas. Pateaba terrones todo el día y no se cansaba. Ahora, en la capital, zapato fino, y se rinde. Y se aburre... Menos mal, la parla con sus colegas.

Todos se cobijan en los recuerdos de cuanto tejió su vida: el campo, el verano...

–Fui labrador de poco pelo –te comenta–. Pero cien veces más lo sería. ¡Que no gozaba yo cada barbechera rompiéndole el pecho a la tierra...!

Y en sementera, dejándole dentro la semilla con mimo. Como si sembrara un hijo. Y a esperar nueve meses. Cuando de joven volvía de la arada con otros pares, en la fuente del pilón, niñas –capullos de canela– colmaban sus cántaros restallando risas. Y ellos, aviada la recua, salían a rondar. Y llenaban el pueblo de canciones, de coplas de amor, que olían también a heno.





## Las Campanas

**N**unio rabiaba en soles. Achicharrando estaba las legumbres. Urgía arrancarle al terreno aquella pelambreira de guisantes, lentejas... Y por eso “todo el día a los aires y al sol”. Fiero sol que a fuego lento tostaba los glúteos, hombros y brazos de aquellas heroicas matronas y doncellas. No lejos, un par de bestias y su mulero hacían ringorrangos entre broncos tabones. Y también el fuego del cielo les derretía las mantecas, si alguna le quedase.

Se agitó el silencio infinito de la Meseta. Todas se irguieron. Se miraron. ¿Qué sucedía en el pueblo? Haciendo visera con las manos, trataban de escrutar. Eran las campanas de sus iglesias. Tocaban, desesperadas, a rebato. Clamorosas, lúgubres o festivas, todos las conocían como, en cualquier tono, se reconoce siempre la voz de la madre.

Ya la humarada se retorció en el cielo. Y todas, angustiadas, a campo través, a zancadas se dirigieron al poblado. Y el arador con su yunta... que, cuando la campana urge desmadrada, el corazón rebota y mata el sosiego.

Todos los vecinos conocían su voz. Y sabían descifrar su mensaje. A lata les sonaban, cuando en el campo se entrometían los sonidos de otros bronces. El de los suyos era más noble. Expresivo, evocador, familiar. Desde el día de su bautismo, los recién nacidos oyeron sus campanas. Y en la inhumación de sus mayores lloraron al son de esas mismas campanas. ¡Y qué bien sonaban! ¿Qué hubieran hecho el silencio y el aire dormidos de aquellas vastas soledades sin la sonoridad ondulada de los campaniles?.

Las campanas, a todo el mundo, a toda hora y doquiera, les hablaban. El tan... tan... que de muerte habla hacía pensar y rezar. Reprimía alborozos y hasta la voz recogía. Rebrincaba el gozo si el toque era a gloria. Y las palomas, que en todas las torres arrullan, alborotadas repartían el júbilo por todo el contorno.

Tres toques de ángelus regulaban la jornada. Al alba o la hora de la tórtola mañanera. A mediodía, cenit de Apolo. Y con el véspero, ocaso del cuervo. Los tres poéticos, embellecedores.

Cuántas veces, el campanero llamó a la iglesia con las campanas. Repicó la Pascua Florida. Y cuántas las encordó para avisar al vecindario de que alguien se fue definitivamente.

Muchas tardes subió a los campanarios. Y se embebecía contemplando mares ondulantes de mieses, alcores infinitos.

Y, con las palmas en la alta convexidad del bronce, percibió vibraciones que nunca supo interpretar.

Hoy, cuando apenas hablan ya las campanas, sueña a veces que sube al único campanario que resta en pie. Besa las campanas y con un lápiz de cera blanca garabatea en su talle garrido: *¡Ay, campanas de Moral! / Tañedme el adiós postrero / que voy a la eternidad.*



*Anexo*  
*Estudio Lexicográfico*  
*Glosario de algunos términos contenidos en los poemas*  
José María Berzosa Sánchez





## *Algo de Comprensión*

**H**e puesto este subtítulo porque es lo que pido por mi atrevimiento. Y también porque este glosario puede facilitar la comprensión de las variadas referencias agrícolas que aparecen en los relatos previos. Adjunto el significado de numerosas palabras para que la lectura resulte más llevadera. La capacidad terminológica del autor de los poemas de este libro es tan exuberante que, los que nos hemos criado en la sociedad urbana, nos sentimos “deshidratados” por nuestra ignorancia agrícola y nos advertimos inseguros al andar entre estos vástagos.

Hago referencia de 316 términos, de los cuales 48 no tienen acepción en el Diccionario de la Real Academia Española (DRAE) y 39 no se encuentran en él. Lo cual me confirma en el hecho de que el entorno lingüístico agrícola está desapareciendo de nuestro léxico.

Descubrir estos vocablos desde la forma tan artística en que nos los transmite Jesús María Burgos es muy reconfortante. Y nos confirma en la importancia que el hecho agrícola ha tenido y tiene en nuestra vida, aunque lo veamos sólo en los mostradores de los establecimientos comerciales, desconectado de su ambiente humano y cultural.

Confío en que esta lectura nos anime a vivir desde una perspectiva más cariñosa el suceso agrícola.

---

*Nota: Los términos marcados previamente con doble asterisco (\*\*) no tienen entrada en el DRAE y los marcados con un asterisco (\*) no poseen acepción.*

*Los términos en negrita tienen su propio significado en este glosario.*





**abalear.** Separar del trigo, cebada, etc., después de aventados, y con escoba a propósito para ello, los granzones y la paja gruesa.

Del celta \**balayum* ‘retama’.

**abañar.** Seleccionar la simiente sometiéndola a un **cribado** especial.

Del latín \**evannāre*, de *vannus* ‘cribo’.

**abejorreo.** Zumbido de las abejas y otros insectos semejantes.

Del latín *apicūla* ‘abeja’.

**abrojo.** Planta de tallos largos y rastreros, hojas compuestas y fruto casi esférico y armado de muchas y fuertes púas. Es perjudicial a los sembrados.

Del latín *apēri ocūlum* ‘¡abre el ojo!’.

**acantear.** Tirar piedras o cantos a alguien.

Del latín *cantus* ‘llanta de metal de una rueda’, voz de origen celta.

**acial.** Instrumento con que oprimiendo un labio, la parte superior del hocico, o una oreja de las bestias, se las hace estar quietas mientras las hierran, curan o esquilan.

Del árabe hispánico *azziyārabe*.

**acodar.** Meter debajo de tierra el vástago o tallo doblado de una planta sin separarlo del tronco o tallo principal, dejando fuera la extremidad o cogollo de aquel para que eche raíces la parte enterrada y forme otra nueva planta.

Del latín *accubitāre*.

**adral.** Cada uno de los **zarzos** o tablas que se ponen en los costados del carro para que no se caiga lo que va en él.

Del español dialectal ladral, y este del latín *laterālis* ‘lateral’.

**ahuchar.** Limpiar con harnero o criba el trigo u otras semillas.

Del latín *affectāre* ‘arreglar’.

**albarda.** Pieza principal del aparejo de las caballerías de **carga**, que se compone de dos a manera de almohadas rellenas, generalmente de paja y unidas por la parte que cae sobre el lomo del animal.

Del árabe hispánico *albārda* ‘ah, y este del árabe clásico *barda* ‘ah.

**alcaraván.** Ave de costumbres crepusculares o nocturnas, habita en terrenos descubiertos, pedregosos o arenosos.

Del árabe hispánico \**alkarawán*.

**almorta.** Planta anual, con tallo herbáceo y ramoso, hojas lanceoladas con pedúnculo y zarcillo, flores de color morado y blancas, y fruto en legumbre con cuatro simientes de forma de **muela**. Su ingestión produce, a veces, una parálisis grave de las piernas denominada latirismo. Florece por junio y es indígena de España.

Del artículo árabe *al*, más el latín *mola* ‘muela’, por la forma de la semilla.

\*\***almozadera.** Comida abundante que se hacía sobre las 10 h en casa o en el campo. Lo más habitual eran sopas hervidas, huevos fritos, chorizos, pan con torreznos o tocino crudo y cebolla.



Del artículo árabe al-, más el latín *morsus* ‘mordisco’, más *-arīus* ‘lugar donde abunda o se deposita algo’.

**almud.** Unidad de medida de áridos y a veces de líquidos, de valor variable según las épocas y las regiones.

Del árabe *almudd*.

**\*\*almuestre.** Porción de cosa suelta que cabe en el hueco de ambas manos juntas y puestas en forma cóncava.

Del celta *\*ambōsta*, compuesto de *\*ambi-* ‘ambos’, y *\*bosta* ‘hueco de la mano’.

**amelga.** Faja de terreno que el labrador señala en un **haza** para esparcir la simiente con igualdad y proporción.

Quizá del celta *\*ambēlica*.

**\*\*amorenado.** Terreno en rastrojo con la mies apilada en **morenas**.

Del latín *muraena*.

**antruego.** Ir vestido de carnaval.

Del latín *\*introitūlus*, diminutivo de *introitus* ‘entrada de la cuaresma’.

**aparvadero.** Utensilio agrícola que consta de un travesaño de madera y un mango largo, y que usan en las eras para recoger las porciones de mies que dejan la **rastra** y el **bieldo**.

Proviene del latín *parvus*, aunque su significado ha variado de ‘pequeño’ a ‘grande’, porque la parva o mies tendida en la era para trillarla, o después de trillada, antes de separar el grano, suele ser abundante.

**apero.** Conjunto de instrumentos y demás cosas necesarias para la labranza.

Del latín *\*apparium* ‘útil, aparejo’.

**\*\*apiensarse.** Tomar pienso en el pesebre o durante el laboreo en el campo en las **cebaderas**.

Del latín *pensum*.

**apurrrir.** Alcanzar algo y darlo a alguien.

De latín *porrigĕre* ‘alargar’.

**aranzada.** Medida agraria de distinta equivalencia según las regiones. La de Castilla equivale a 4,472 m<sup>2</sup>; la de Córdoba a 3,672 m<sup>2</sup>.

Del bajo latín *aranzata*, y éste del latín *arare* ‘arar’.

**\*\*armaje.** Estructura de madera de forma rectangular, elevada y asida al suelo de carros o remolques, cuyo fin era aumentar la capacidad de la **carga** de mies.

Del latín *armatĭo*, *-ōnis*.

**arna.** Vaso de colmena.

Del bajo latín *arna*, y éste tal vez del latín *urna*.

**\*\*arranquijo.** Acción de arrancar con las manos legumbres. Fundamentalmente lentejas y garbanzos. Labor durísima a principios de verano, que exigía permanecer en posición encorvada desde el amanecer, aguantar altas temperaturas, sufrir ampollas, asperezas, agujetas...

De *a*, más *rancar*, y éste del latín *eruncāre*.

**\*\*arrapas.** Caldo que resulta de cocer las morcillas. Es muy sabroso por sus múltiples ingredientes.

Del gótico *\*hrapon* ‘arrebatar’.



**\*\*arreburrros.** Pájaro que anida en los terrones y **barbechos** e imita el sonido con que se arrea a los burros. Suele seguir al caminante con vuelos cortos.

De la onomatopeya *arre*, utilizada para ‘incitar’, más los latinismos *burr̄cus*, *bur̄cus* ‘cabellejo’.

**arrendadero.** Anillo de hierro, que se clava en madera o en la pared, y sirve para atar las caballerías en los pesebres por las riendas o por el **ramal** de la cabezada.

Del latín *\*retīna*, de *retinēre*.

**arreo.** Adorno que se pone a las caballerías.

Del latín vulgar *\*arredare* ‘proveer’, derivado del gótico *\*rēths* ‘consejo, previsión, provisión’.

**arroba.** 1. Medida de líquidos que varía de peso según las provincias y los mismos líquidos, entre 11,5 y 12,5 l. 2. Peso equivalente a 11,502 k.

Del árabe hispánico *arrúb*, y este del árabe clásico *rub* ‘cuarta parte’.

**asnilla.** Sostén formado con un madero horizontal apoyado en cuatro puntales inclinados que sirven de pies.

Diminutivo de *asnas* ‘maderos que cargan sobre la viga principal’.

**atabanado.** De pelo oscuro y con pintas blancas en los **ijares** y en el cuello.

Del latín *tabānus* ‘tábano’, insecto de color pardo que molesta con sus picaduras a las caballerías, por lo que el sentido popular entiende que le han transmitido su color.

**\*\*atropila.** Mujer que transporta las **gavillas** y la junta formando la **morena**.

Del francés *troupe* ‘grupo’.

**avena loca. ballueca.**

Del latín *avēna*.

**\*\*avenero.** Montón de avena en rama, situado en la era, donde comen las mulas antes de salir a acarrear.

Del latín *avēna*.

**aventadora.** Dicho de una persona, de una máquina o de un instrumento, que echa al viento algo, especialmente los granos, para que se limpien.

Del latín *ventus*.

**azacán.** Que se ocupa en trabajos humildes y penosos.

Del árabe hispánico *assaqqá*.

**azumbre.** Medida de capacidad para líquidos, que equivale a unos dos litros.

Del árabe hispánico *attūmn*, y este del árabe clásico *tum[u]n* ‘octava parte’.



**bacillo.** Vástago o renuevo de la vid.

Del latín *bacillum* ‘sarmiento’.

**\*bailarota.** Mata alta y recia, usada en la confección de escobas sin mango para barrer el solar, los **renaceros**...

Del latín tardío *ballare* ‘bailar’, procedente del griego *παλλο* ‘yo salto, me meneo’.

**bálago.** Paja larga de los cereales después de quitarle el grano.

Puede proceder del celta hispánico *\*bálago-* o *\*bálaco-*.

**balancín.** Madero que se atraviesa paralelamente al eje de las ruedas delanteras de un carruaje, fijándolo en su punto medio a la tijera, y por los extremos a los del eje mismo, con dos hierros que se llaman guardapolvos.

Del latín vulgar *\*bilancia*, y este del latín *bilanx*, -ncis.

**ballico.** Planta vivaz, muy parecida a la cizaña, de la cual difiere en ser más baja y tener las espigas sin aristas. Es buena para pasto y para formar céspedes.

De origen desconocido.

**ballueca.** Especie de **avena**, cuya caña se levanta hasta un metro o más de altura, con hojas estriadas y estrechas, y flores en **panoja** desparramada, vellosas en su base. Crece entre los trigos, a los cuales perjudica mucho.

De origen desconocido.

**barbechera.** Acción de arar o labrar la tierra disponiéndola para la siembra o para que se **meteorice** y descanse.

De *barbecho*.

**barbecho.** Tierra labrantía que no se siembra durante uno o más años.

Del latín *vervactum*, de *vervagĕre* ‘arar la tierra en la primavera’.

**\*barbotear.** Ruido que producen los líquidos al hervir a borbotones.

Voz onomatopéyica.

**\*barjuleta.** Bolsa grande, redonda y con tapadera; hecha de juncos o mimbres finas. Se cuelga atrás o debajo del carro para llevar el botijo.

Quizá del bajo latín *bursa* ‘bolsa’.

**bayo.** Dicho especialmente de un caballo y de su pelo: de color blanco amarillento.

Del latín *badŭus*.

**beldar.** Aventar con el **bieldo** las mieses, legumbres, etc., trilladas, para separar del grano la paja.

Del latín *ventilāre*.

**belfo.** Cada uno de los dos labios del caballo y de otros animales.

Del latín *bŭfŭidus* ‘partido en dos’.

**\*\*berrón.** Espuma blanca que se formaba en el lomo y las ancas de las caballerías, fundamentalmente debajo de los **arreos**, cuando se esforzaban mucho.

De origen desconocido.

**besana.** Labor de surcos paralelos que se hace con el arado.  
Derivado del latín *versāre* ‘volver’.

**biello.** Instrumento compuesto de un palo largo, de otro de unos 30 cm de longitud, atravesado en uno de los extremos de aquel, y de cuatro o más fijos en el transversal, en forma de dientes que se usa para **beldar**.  
Del latín *ventilāre*.

\***bina.** Pareja de vendimiadoras que, por aguantar más, se colocaban a ambos lados de la cepa para no tener que rodearla.  
Del latín *binus* ‘de dos en dos’.

**binar.** Dar segundo arado a las tierras de labor.  
Del latín *binus* ‘doble’.

**bocoy.** Barril grande para envase.  
Del francés *boucaut*, de origen germánico.

**boquera.** Ventana por donde se echa la paja o el heno en el pajar.  
Del latín *bucca*.

**boquerón. boquera.**

**bota.** Medida para líquidos, equivalente a 32 cántaras o 516 l aproximadamente.  
Del latín tardío *buttis* ‘odre’.

**brazuelo.** Parte de las patas delanteras de los mamíferos comprendida entre el codo y la rodilla.  
Del diminutivo de brazo; latín *brachiōlum*.

\***bufanda.** Tira de carne, larga y ancha.  
Quizá del francés antiguo *bouffante*.



**cabezuela.** Planta perenne de diez a doce decímetros de altura, con tallo anguloso, ramos mimbreños y velludos, hojas aserradas, ásperas y erizadas. Es indígena de España y se emplea para hacer escobas.  
Diminutivo de cabeza, del latín *capitīa*.

**cabra.** Espiga que, por no haberse segado, queda en los rastrojos.  
Del latín *capra*.

**cabria.** Máquina para levantar pesos.  
Del latín *caprĕa* ‘cabra’.

**calcar.** Apretar con el pie.  
Del latín *calcāre*.

**calce.** Cerco metálico de las ruedas.  
Del latín \**calceāre*, de *calcĕus* ‘calzado’.

**calzado. calce.**

Participio del latín \*calceāre.

**cama.** En el arado, pieza encorvada de madera o de hierro, en la cual encajan por la parte inferior delantera el **dental** y la reja, y por detrás la **esteva**; por el otro extremo está afianzada en el **timón**.

Del latín de San Isidoro *cama*, por *camba*.

\***camada.** Conjunto de surcos que se pueden sembrar a la vez.

Consulte *cama*.

**cántaro/a.** Medida de vino, de diferente cabida según las varias regiones de España, de unos 16,12 l.

Del latín *canth\_rus*, y este del griego *κάθαρος*.

\***cardino.** Amaratado. Color de las flores del **cardo** lanudo. || Color del pelo de ciertos caballos.

Del latín *cardīnus*, de *cardiūs* ‘cardo’, por el color de las flores de esta planta.

**cardo borriquito o borriquero.** Planta anual de hojas grandes y espinosas como las de la alcachofa, que llega a unos tres metros de altura, el tallo con dos bordes membranosos, y flores purpúreas en **cabezuelas** terminales.

Del latín *cardus*.

**carga.** Cierta cantidad de granos, que en unas partes es de cuatro **fanegas** y en otras de tres.

Del latín vulgar *carricāre*, y este del latín *carrus* ‘carro’.

**carlanca.** Collar ancho y fuerte, erizado de puntas de hierro, que preserva a los mastines de las mordeduras de los **lobos**.

Quizá del latín tardío *carcanum* ‘collar’, cambiado por metátesis en \**carnancu* y una posterior disimilación.

**carral.** Barril o tonel a propósito para **acarrear** vino.

Del latín *carrus*, y este del galo *carros*.

**carricera.** Planta perenne, con el tallo de más de dos metros de altura, hojas surcadas por canalillos y flores blanquecinas en **panoja** muy ramosa, con aristas largas.

Del latín \**caricēus*, de *carex*, -*icis*.

**cascabillo.** Cascarilla en que se contiene el grano de trigo o de cebada.

Del latín vulgar *cascabus*.

**castrar.** Quitar a las colmenas panales con miel, dejando los suficientes para que las abejas puedan mantenerse y fabricar nueva miel.

Del latín *castrāre*.

**cata.** Acción de **castrar**.

Del latín *captāre* ‘coger, buscar’.

**cavón.** Terrón grande en las tierras de labor.

Del latín *cavāre*.

**cebadera.** Medio saco que se cuelga de la cabeza de las caballerías y sirve de pesebre para cebar al ganado en el campo.

Del latín *cibāta*, terminación femenina del participio pasivo de *cibāre* ‘cebar’.

**celemín.** Medida de capacidad para áridos, que tiene 4 **cuartillos** y equivale en Castilla a 4,625 l aproximadamente.

Quizá del árabe hispánico \**tamaní* ‘de un octavo’.

**cereña.** De color de cera. Sin madurar del todo.

Del latín *cera*.

\*\***cerracina.** Daño ocasionado por destrucción de bienes, sean de animales o plantas. Ejemplos: el rebaño que destroza gran parte de un sembrado, *¡qué cerracina ha hecho el rebaño!*; o el **lobo** que mata o hiere parte del rebaño, *¡qué cerracina ha hecho el lobo!*

Del latín *circiūs* ‘cierzo’.

**chicharrera.** Calor excesivo.

De cigarra, del latín *cicāla*, por *cicāda*, influido por la onomatopeya *chich*.

**chicharrina. chicharrera.**

**chicharrón.** Residuo de las pellas del cerdo, después de derretida la manteca.

Voz onomatopéyica.

\*\***chirlona.** Pájaro de canto potente y chirriante, poco mayor que el gorrión y de parecido plumaje. Se asentaba en cables o plantas prominentes.

De *chillar*, del latín \**cisclare*, por *fistulāre*.

\*\***chuchurro.** Mezcla de sangre, cebolla, manteca, piñones y especias. Todo bien cocido. Es el contenido de las morcillas.

Voz onomatopéyica.

**ciento.**

\*\***de ~ en viento.** Suceso que acontece muy de tarde en tarde.

Del latín *centum*.

\***cinta.** Lomo del cerdo en **zuza** que, frito, se conservaba entre manteca o metido en tripa.

Del latín *cincta*, femenino de *cinctus* ‘cinto’.

**collera.** Collar de cuero o lona, relleno de borra o paja, que se pone al cuello a las caballerías o a los bueyes para que no les haga daño el **horcate**.

Del latín *collum*.

**compango.** Comida fiambre que se toma con pan, y a veces se reduce a queso o cebolla.

Del latín \**companīcus*, de *cum* y *panis* ‘pan’.

**corambre.** Conjunto de cueros o pellejos, curtidos o sin curtir, de algunos animales, y en especial del toro, de la vaca, del buey o del macho cabrío.

Del latín *corūm*.

\***cordón del arroyo.** Surco de agua superficial, alargado y lleno de vegetación que sirve de hábitat a pequeños animalitos.

Del francés *cordón*.

**corralera.** Mujer desvergonzada o desenvuelta.

Quizá del latín vulgar \**currale* ‘circo de carreras’ y éste, derivado del latín *currus* ‘carro’.

\***costalear.** Transportar a hombros los costales, sacos grandes y alargados de tela ordinaria llenos de semillas, desde el carro a la **panera** o viceversa.

Del latín *costa* ‘costilla’.

**cribo/a.** Cuero ordenadamente agujereado y fijo en un aro de madera, que sirve para limpiar las semillas de impurezas. También se fabrica de plancha metálica con agujeros, o con red de malla de alambre.

Del latín *cribrum*.

**cuajada.** Comida que se hace de carne picada, hierbas o frutas, etc., con huevos y azúcar.

Del latín *coagulāre*.

\***cuarta.** Medida de superficie de 14,165 áreas, equivalente a la cuarta parte de una **iguada**.

Del latín *quartus*.

**cuartilla.** Medida de capacidad para líquidos, cuarta parte de la cántara, equivalente a 4,03 l.

Consulte *cuarta*.

**cuartillo.** Medida de líquidos, cuarta parte de una **azumbre**, equivalente a 504 ml.

Consulte *cuarta*.

**cuatralbo.** Dicho de un animal, que tiene blancos los cuatro pies.

Del latín *quattuor*, más *albus*.

**cuerdá.** Salud. De la expresión *tener mucha cuerda*: ofrecer signo de buena salud.

Del latín *chorda*, y este del griego *χαρδη*.

**cuero.** Odre.

Del latín *corĭum*.

**cuévano.** Cesto grande y hondo, poco más ancho de arriba que de abajo, tejido de mimbres, usado especialmente para llevar la uva en el tiempo de la vendimia.

Del latín *cophĭnus* ‘canasta’.

**cuezo.** Cesto pequeño.

Consulte *cuévano*.



**dedil.** Cada una de las fundas de cuero o de otra materia, que se ponen en los dedos para que no se lastimen o manchen.

Del latín *digĭtus*.

**dental.** Palo donde se encaja la reja del arado.

Del latín *dentāle*.

**desbalagar.** Dispersar, esparcir.

Consulte *bálagō*.

**desbarbillar.** Desbarbar, cortar las raíces que arrojan los troncos de las vides nuevas, para darles más vigor.

Del latín *barba*.

\*\***desentripizar.** Quitar la fibra mantecosa, que rodea, une y sustenta las tripas para posteriormente embutir el picadillo.

De origen incierto.

**despampanar.** Quitar los pámpanos a las vides para atajar la frondosidad excesiva.  
Del latín *des-* (confluencia de los prefijos *de-*, *ex-*, *dis-* y a veces *e-*), más *pampīnus*.

**despamplonar.** Esparcir o apartar los vástagos de la vid o de otra planta cuando están muy juntos.

De *des-*, más *pámpano*.

**despimpollar.** Quitar a la vid los brotes viciosos o excesivos, dejando a la planta la carga que buenamente pueda llevar.

De *des-*, más *pino* y *pollo*.

**destazar.** Hacer piezas.

De *des-*, más *tazar* ‘estropear la ropa con el uso’.

**destripar.** Quitar, sacar o desgarrar las tripas.

De *des-*, más *tripa*, de origen incierto.

**dril.** Tela fuerte de hilo o de algodón crudos.

Del inglés *drill*.

**duela.** Cada una de las tablas que forman las paredes curvas de las pipas, cubas, barriles, etc.  
Del francés antiguo *douelle*, diminutivo de *doue*.



**emelga. amelga.**

Quizá del celta \**ambēlica*.

\***empedrador.** Persona que a principios de verano reparaba los trillos colocando nuevas y afiladas piedras de pedernal.

Del latín *petra*.

**encamarse.** Dicho de la mies, echarse o abatirse.

De *en-*, más *cama*, del latín de San Isidoro *cama*, por *camba*.

\***encañar.** Amontonar la paja en el pajar para que quede totalmente lleno.

De *en-*, más el latín *canna*.

**encino.** Encina. Árbol de diez a doce metros de altura, con tronco grueso, ramificado en varios brazos, de los que parten las ramas, formando una copa grande y redonda. Tiene por fruto bellotas dulces o amargas, según las variedades, y madera muy dura y compacta.

Del latín *ilicīna*.

**encopetar.** Elevar en alto o formar copete.

De *en-*, más el latín *cuppa*.

**encordar.** Dicho de una campana, tocar a muerto.

Del latín *chorda*, y este del griego *χορδή*.

**encrespar.** Rizarse la mies.

De *en-*, más el latín *crispus*.

**enejar.** Poner eje o ejes a un carro, coche, etc.

Del latín *in-* ‘dentro de’, más *axis* ‘barra, varilla o pieza similar que atraviesa un cuerpo giratorio y le sirve de sostén en el movimiento’.

**enjambrear.** Coger las abejas que andan esparcidas, o los enjambres que están fuera de las colmenas, para encerrarlos en ellas.

Del latín *examināre*.

**\*entornar.** Volcar el carro.

De *en-*, más el latín *tornāre*.

**\*entrecuesto.** Huesos del espinazo a los que estaban unidas las costillas. || Esternón.

Del latín *inter* ‘entre’, más *costa* ‘costilla’.

**\*\*entrigar.** Comer trigo, recién cosechado, con granos verdes. Suele producir enteritis, inflamación intestinal, al **hato**.

De *en-*, más el latín *tritĭcum*.

**erial.** Dicho de una tierra o de un campo, sin cultivar ni labrar.

De origen incierto.

**erío. erial.**

**escriño.** Cesta o canasta fabricada de paja, cosida con mimbres o cáñamo.

Del latín *scriñum*.

**\*esportilla.** barjuleta.

Del diminutivo de *espuerta*; latín *sportella*.

**esquena.** Terminación aguda y rígida del grano en la espiga. Las agujas finales de las espigas.

Del gótico *\*skīna* ‘barrita, tibia’.

**esquilmo.** Conjunto de frutos y provechos que se sacan de las haciendas y ganados.

Del latín *cyma*, *-ātis*, y este del griego *κμα*, *-ατος* ‘brote de planta’.

**estadal.** Medida de longitud que tiene cuatro varas, equivalente a 3,334 m.

Del latín *status*.

**esteva.** Pieza corva y trasera del arado, sobre la cual lleva la mano quien ara, para dirigir la reja y apretarla contra la tierra.

De *\*stēva*, forma dialectal del latín *stiva*.



**\*faldeo.** Parte baja que bordea el **muelo**, montón o **parva** de cereal. Con la lluvia nacía lo que tocaba el suelo.

Quizá del franco *\*falda* ‘pliegue’.

**fanega.** Medida de capacidad para áridos que, según el marco de Castilla, tiene 12 celemines y equivale a 55,5 l, pero es muy variable según las diversas regiones de España.

Del árabe hispánico *fanīqa* ‘medida de áridos’, y este del árabe clásico *fanīqah* ‘saco para acarrear tierra’.



**\*\*fardela.** Bolsa pequeña, de trapo fino, en la que se introducía la comida para el campo y que, anudada, se metía en las alforjas.  
Del francés antiguo *fardel*, hoy *fardeau*.



**gajo.** Cada uno de los vástagos o puntas de las **horcas**, **biellos** y otros instrumentos de labranza.

Del latín vulgar *\*gallĕus*, semejante a una agalla ‘excrecencia redonda’, de roble o de encina.

**galera.** Carro para transportar personas, grande, de cuatro ruedas, ordinariamente con cubierta o toldo de lienzo fuerte. Se usaba para transportar la mies.

De origen incierto.

**garañón.** Asno, caballo o camello que se destina a padrear.

Del germánico *\*wranjo*, *-ons* ‘semental’.

**gario.** Especie de **biello** grande.

De *garfio*.

**gatuña.** Planta herbácea, con tallos ramosos, delgados, casi tendidos, duros y espinosos. Es muy común en los sembrados, y la raíz se ha empleado como aperitivo.

De *gato*, por alusión a las espinas de la planta, más *uña*.

**gavilla.** Conjunto de sarmientos, cañas, mieses, ramas, hierba, etc., mayor que el manojo y menor que el **haz**.

Quizá del latín *\*cavella*, derivado de *cavus* ‘hueco entre las manos’.

**gavilladora.** Máquina que hace **gavillas** del producto que siega.

De *gavilla*, más *-adora*, del latín *-tor*, *-ōris*.

**granza.** Residuos de paja larga y gruesa, espiga, grano sin descascarillar, etc., que quedan del trigo y la cebada cuando se avientan y **criban**.

Del latín *grandĭa*, plural neutro de *grandis*.

**greda.** Arcilla arenosa, por lo común de color blanco azulado, usada principalmente para desengrasar los paños y quitar manchas.

Del latín *crĕta*.

**guarnición.** Conjunto de correajes y demás efectos que se ponen a las caballerías para que tiren de los carruajes o para montarlas o **cargarlas**.

Del germánico *\*warnjan* ‘amonestar, proveer’.

**\*\*güétago. sabadeño.**

**guija. almorta.**

Quizá del latín tardío [*petra*] *aquilea* ‘piedra aguda’, derivado de *aquileus* ‘aguijón’, y este del latín *aculeus*.

**\*guijo.** Cada diente o púa de la **horca**. Puede ser de hierro o de madera.

Consulte *guija*.



**hacendero.** Dicho de una persona, que procura con aplicación los adelantamientos de su casa y hacienda.

Del latín *facienda*, plural neutro del gerundio de *facĕre* ‘lo que ha de hacerse’, más *-ariŭs*.

**harnero.** Especie de **criba**.

Del latín [*cribrum*] *farinarĭum*.

**hato.** 1. Ropa y otros objetos que alguien tiene para el uso preciso y ordinario. 2. Porción de ganado mayor o menor.

Quizá del gót. \**fata* ‘vestidos’.

**haz.** Porción atada de mieses, lino, hierbas, leña u otras cosas semejantes.

Del latín *fascis*.

**haza.** Porción de tierra labrantía o de sembradura.

Del latín *fascĭa* ‘faja’.

**hemina.** Medida agraria usada para la tierra de secano, que tiene 110 pies de lado, y equivale a 939 centiáreas y 41 decímetros cuadrados.

Del latín *hemĭna*, y este del griego *ημνα*.

**hidátide.** Larva de una tenia intestinal del perro y de otros animales que en las vísceras humanas adquiere gran tamaño.

Del griego *δαρ* ζ, - *δος*.

**hijuela.** Finca rústica que se forma de la división de otra mayor.

Del latín *filiŏla*.

**hilacha.** Resto, residuo, vestigio.

Del latín *filum*, más *-acĕus*.

**hocino.** Instrumento corvo de hierro acerado, con mango, que se usa para cortar leña.

Derivado de *hoz*, del latín *falx*, *falcis*.

**hojuela.** Fruta de sartén, muy extendida y delgada.

Del latín *foliŏla*, plural neutro de *foliŏlum*.

**horca.** Palo que remata en dos o más púas hechas del mismo palo o sobrepuestas de hierro, con el cual los labradores hacinan las mieses, las echan en el carro, levantan la paja y revuelven la **parva**.

Del latín *furca* ‘horca del labrador’.

**horcate.** **Arreo** de madera o hierro, en forma de herradura, que se pone a las caballerías encima de la **collera**, y al cual se sujetan las cuerdas o correas de tiro.

De *horca*.

\***horno.** Calor sofocante del verano que ennegrece la piel.

Del latín *furnus*.

**hoz.** Instrumento que sirve para **segar** mieses y hierbas, compuesto de una hoja acerada, curva, con dientes muy agudos y cortantes o con filo por la parte cóncava, afianzada en un

mango de madera.  
Del latín *falx, falcis*.

**hembra.** Espacio que se ara en un día.  
Del latín *opĕra* ‘obra’.

**hura.** Agujero pequeño o madriguera.  
Del latín *forāre* ‘agujerear’.



\***ibero.** Perro doméstico de raza española que es valiente, cariñoso, inteligente, alobado...  
Puede hacerse vagabundo y ser peligroso.  
Del latín *Ibĕrus*, y este del griego *Ιβηρο, Ιβηρος*.

\***iguada.** Medida de superficie equivalente a 56,66 áreas.  
Del participio del español antiguo *iguar* ‘igualar’, y este del latín *aequāre*.

**ijar.** Cada una de las dos cavidades simétricamente colocadas entre las costillas falsas y los huesos de las caderas.  
Del latín vulgar \**iliāta* ‘el bajo vientre’.



**jaez.** Adorno de cintas con que se entrenzan las crines del caballo.  
Del árabe hispánico \**ǧahāz*, y este del árabe clásico *ǧahāz* o *ǧihāz* ‘aparejo’.

**jaramago.** Planta herbácea, con tallo enhiesto de seis a ocho decímetros, y ramoso desde la base. Es muy común entre los escombros.  
De origen incierto.

**jifero.** El matarife del pueblo, que iba casa por casa, mataba las reses y las **destazaba**. A veces, el dueño es el **matanchín**.  
Del árabe hispánico *ǧīfa*, y este del árabe clásico *ǧīfah* ‘carroña’, más *-ero*, del latín *-arius*.

**jjjas.** Carne frita, picada y adobada para llenar los chorizos.  
Quizá del mismo origen que *chicha*<sup>1</sup> ‘voz infantil’.

**jjjear.** Lanzar el grito jubiloso *¡ji ji ji!*  
Voz onomatopéyica.



**labrantín.** Labrador de poco caudal.

De *labrante* y este de *labrar*, del latín *laborāre*, más *-ante*.

**ladilla.** Cebada cuya espiga tiene dos órdenes de granos, y estos son chatos y pesados.

Del latín *\*blatella*, diminutivo de *blatta*, nombre de varios insectos.

**\*lagarejo.** Acción de frotar y pintar con uva muy tinta la cara de las mozas. En la vendimia se corría tras ellas, para hacérselo.

Del latín *lacus*, más *-icūlus*.

**lagareta. lagarejo.**

Del latín *lacus*, más *-eta* del francés *-ette*.

**lanza.** Vara de madera que, unida por uno de sus extremos al juego delantero de un carruaje, sirve para darle dirección. A sus lados se colocan, enganchándolas, las caballerías del tronco, que han de hacer el tiro.

Del latín *lancĕa*, voz de origen celtíbero.

**lentisco.** Mata o arbusto siempre verde, con tallos leñosos de dos a tres metros.

Del latín *lentiscus*.

**liego.** Dicho de un terreno, que no sirve para sembrar.

De origen incierto.

**lindazo.** Linde, en especial el señalado con mojones, o por medio de un ribazo, talud o caballón.

Del latín *limes*, *-itis*.

**\*lista. esquena.**

Del germánico *\*lista* ‘franja, orillo’.

**\*listero.** Deposito de **listas** o **esquenas** de las espigas que se acumulan entre la mandíbula y labios, produciendo irritaciones y la consiguiente pérdida de apetito en las caballerías.

De *lista* más *-ero*.

**llar<sup>2</sup>.** Cadena de hierro, pendiente en el cañón de la chimenea, con un garabato en el extremo inferior para colgar la caldera, y a poca distancia otro para subirla o bajarla.

Del latín *lar* ‘el hogar doméstico’.

**lomera.** Correa que se acomoda en el lomo de la caballería, para que mantenga en su lugar las demás piezas de la **guarnición**.

Del latín *lumbus*, más *-arĭa*.

**lugano.** Pájaro del tamaño del jilguero. Se adapta a la cautividad, y suele imitar el canto de otros pájaros.

De origen incierto.



**machihembrar.** Ensamblar dos piezas de madera a caja y espiga o a ranura y lengüeta.

Del latín *mascūlus* y *femīna*.

**madrina.** Cuerda o correa con que se enlazan los bocados de las dos caballerías que forman pareja en un tiro, para obligarlas a marchar con igualdad.

Del latín *\*matrīna*, de *mater*, *-tris* ‘madre’.

**majuero.** Viña.

Del latín *malleōlus* ‘tipo de injerto’.

**mancera. esteva.**

De un derivado del latín *manus*.

**maniota.** Cuerda o cadena con que se atan las manos de un animal.

Del latín *manus*.

**manojera.** Lugar donde se apilaban los manojos de la vid, bien en la viña o en casa para ser quemados.

Del latín vulgar *manucūlus*, más *-era* de *-arūs*

**\*\*manto de la virgen.** Agrupación de diminutas flores blancas y azules que nacen en terrenos sin cultivar: desmontes, **lindes**...

Del latín *mantum* y *virgo*, *-inis*.

**\*\*matanchín. jifero.**

Por influencia de matanza se produce una epéntesis de *n* en *matanchín*, que procede de *matar*, derivado probablemente del latín vulgar *\*mattare* ‘golpear, abatir’.

**mazonear.** Macerar o apisonar.

Del latín vulgar *\*mattēa* ‘maza’.

**meda.** Conjunto de haces de mies o paja, o de hierba, dispuestos en forma de cono.

Del latín *meta*, ‘montón cónico’.

**\*medio.** Vasija de barro o metal, utilizada para medir vino. Equivale a medio cántaro y su capacidad es de 8,06 litros.

Del latín *mediūs*.

**meteorizar.** Dicho de la tierra, recibir la influencia de los meteoros, como los vientos, la lluvia o la nieve, el arco iris, el **parhelio** o la **paraselene**, el rayo y el fuego de Santelmo.

Del latín *meteōrus*, y este del griego *μετεωρος* ‘elevado en el aire’, más el latín *-izāre* ‘implicar’.

**\*metida.** Recolección. Meter el grano en la panera y la paja en el pajar.

Participio del latín *mittēre*, ‘soltar, enviar’.

**misoneísmo.** Actitud propia del misoneísta, aversión a lo nuevo.

Del griego *μισε* *v* ‘odiar’, *neo-* e *-ismo*.

**mízcalo.** Hongo comestible, muy jugoso, que suele hallarse en los pinares y es fácil de distinguir por el color verde oscuro que toma cuando se corta en pedazos.

De origen incierto.

**\*\*mondongar.** Hacer el mondongo. Limpiar tripas y estómago, trocear carne, picarla, sazonarla y embutir chorizos y morcillas... **morena**<sup>3</sup>. Montón de 10-15 **gavillas** reunidas en semicírculo con las cabezas de las espigas hacia el centro. Se atropaban o apilaban durante la siega para hacer más fácil el acarreo nocturno.

De origen prerromano; Consulte el euskera *mur* ‘montón’.

**\*morenal.** Montón de mies apilada en el rastrojo o en la era. || Conjunto de morenas. || Lugar de donde se ha quitado la morena y quedan espigas dispersas por el suelo.

De *morena* más *-al*.

**morillo.** Caballete de hierro. **Asnilla.**

Del diminutivo de *moro*, por las figuras con que suelen estar adornados.

**mozallón.** Persona moza y robusta.

De origen incierto.

**muela. almorta.**

Del latín *mola* ‘muela de un molino’.

**muelo.** Montón, y especialmente el de forma cónica, en que se recoge el grano en la era después de limpio.

De *muela*.

**mulo/a.** Hijo de caballo y burra o de asno y yegua, casi siempre estéril.

Del latín *mula*, *mulus*.

**mulada. Hato** de ganado **mular.**

De *mula*, más *-ada* ‘conjunto’.

**\*mulatero.** Conjunto de caballerías que se llevaban al corral de la villa para posteriormente ser conducidas a pastar en los prados.

De *mulada*, más *-ero* ‘profesión o cargo’.



**niebla.** Hongo oscuro de los cereales.

Del latín *nebŭla*.



**obrada.** Medida agraria usada en las provincias de Palencia, Segovia y Valladolid, en equivalencia, respectivamente, de 53,832 áreas, de 39,303 áreas y de 46,582 áreas.

Participio del latín *operāri* ‘trabajar’.



**orejera.** Cada una de las dos piezas o palos que el arado común lleva introducidos oblicuamente a uno y otro lado del **dental** y que sirven para ensanchar el surco.  
Del latín *auricŭla*, más *-era*.



**pajarilla.** Bazo, especialmente el del cerdo.  
Del español antiguo *pássaro*, más *-illa*.

**\*palo.** Medida agraria de superficie. Submúltiplo de la **cuarta**.  
Del latín *palus*.

**panera.** Troje o cámara donde se guardan los cereales, el pan o la harina.  
Del latín vulgar *\*panaria*, y este del latín *panarium*.

**panizo.** Planta anual de cuya raíz salen varios tallos redondos como de un metro de altura, con hojas planas, largas, estrechas y ásperas, y flores en **panojas** grandes, terminales y apretadas.  
Del latín *panicŭm*.

**panoja.** Mazorca del maíz, del **panizo** o del mijo.  
Del latín vulgar *panucŭla* ‘mazorca’, y este del *panicŭla*, diminutivo de *panus* ‘mazorca de hilo’.

**\*\*paramés.** Obrero agrícola que hacía “el verano”: las labores de recolección. Procedía normalmente del páramo leones.  
Del latín *parāmus*, voz de origen prerromano, más *-és*.

**paraselene.** Fenómeno luminoso por el que se forman una o varias imágenes de la Luna reflejadas en las nubes y, por lo general, dispuestas simétricamente sobre un halo.  
De *para-*, más el griego *Σελήνη* ‘Luna’.

**parhelio.** Fenómeno luminoso poco común, que consiste en la aparición simultánea de varias imágenes del Sol reflejadas en las nubes y por lo general dispuestas simétricamente sobre un halo.  
Del griego *παρηλιος*; de *παρά* ‘al lado’ y *ηλιος* ‘Sol’.

**pardillo.** Ave de unos catorce centímetros desde el pico hasta la cola y dos decímetros y medio de envergadura, y plumaje de color pardo rojizo en general. La hembra tiene colores menos vivos. Es uno de los pájaros más lindos de España, se alimenta de semillas, principalmente de linaza y cañamones, canta bien y se domestica con facilidad.  
Del latín *pardus* ‘leopardo’ -por el color-, más *-illo*.

**\*parir.** Caer el **bálago** del carro al suelo en gran cantidad, durante el trayecto hasta la era.  
Del latín *parĕre*.

**parva.** Mies tendida en la era para trillarla, o después de trillada, antes de separar el grano.  
Del latín *parvus*.

**pecorear.** Dicho de las abejas, salir a recoger el néctar de las flores. Tiene conexión con ‘andar los soldados saqueando’.  
Del latín *pecōra*, plural de *pecus*.

**\*peón.** Pie de madera robusta que asido al carro y asentado en el suelo permite su permanencia en posición horizontal. Hay cuatro, dos delante y dos detrás de las ruedas, en los de una caballería; en los de **par**, uno en la **lanza**.

Del latín *pedo*, *-ōnis*.

**peonada.** Medida agraria usada en algunas provincias, equivalente a 3,804 áreas.

De *peón* más *-ada*.

**\*perla.** Color blanco agrisado de alguna caballería. || Nombre que se daba a alguna de ellas.

De origen incierto.

**petaca.** Arca de cuero, madera o mimbre, en la que, a lomos de las caballerías, se transportaba la **carga**.

Del nahua *petlacalli*, ‘caja hecha de estera’.

**pez.** Montón prolongado de trigo en la era.

Del latín *piscis*.

**\*pezuña. petaca.**

Del latín *pedis* ‘del pie’, y *ungŭla* ‘uña’.

**\*\*piedralipe. piedra lipés.** Sulfato de cobre. Piedra cristalino-azulada, rica en azufre. Disuelta en agua caliente, sirve para asperjar, mojar (encalar) el grano de siembra y prevenirlo de gérmenes infecciosos.

Del latín *petra* más *lipis*.

**\*pinada.** Elevada. La **parva** o montón alargado en donde se acumula lo trillado se **pina**, según se echa la trilla y queda más alta y puntiaguda.

Del latín *pinna*, ‘pluma, almena’.

**\*pinar.** Amontonar la trilla, elevándola.

Del latín *pinna*, ‘pluma, almena’.

**pinzón.** Ave del tamaño de un gorrión. Abunda en España, se alimenta principalmente de insectos y canta bien.

Del latín *\*punctiāre* ‘picar, punzar’, de *punctus*.

**pío.** Dicho de un caballo, de un **mulo** o de un asno, cuyo pelo, blanco en su fondo, presenta manchas más o menos extensas de otro color cualquiera, negro, castaño, alazán, etc.

Del francés *pie*.

**\*\*plenificar.** Llenar del todo. Se amontonaba la paja en el pajar, se **encañaba**, hasta llenarlo.

Del latín *plenus* más *-ficāre*, de la raíz de *facĕre* ‘hacer’.

**\*ponedor.** El que pone los haces, brazadas o **gavillas** de las **morenas** en el carro o **galera**, colocando la mies con las cabezas hacia dentro.

Del latín *ponĕre* más *-edor*.

**pradal.** Lugar del campo llano y con hierba.

Del latín *pratūm* más *-al* ‘abundancia’.

**pujavante.** Instrumento que usan los herradores para cortar el casco a los animales de **carga**.

Del latín *pulsāre* ‘empujar’, más *ab ante* ‘adelante’.



**\*\*purridera.** Horca de hierro con el mango muy largo (1,5-2 metros). Servía para **purrrir**, pinchar sobre la **morena**, y subir al carro las brazadas o **gavillas** hasta los brazos del **ponedor**.

De latín *porrigĕre* ‘alargar’, más *-dora* ‘instrumento’.

**\*\*purridor.** El que con la horca purridera da las **gavillas**.

De latín *porrigĕre* ‘alargar’, más *-dor* ‘agente’.

**purrrir. apurrrir.**

De latín *porrigĕre* ‘alargar’.

**\*\*pusla.** La paja seca más débil y volátil, que llevada por el viento se esparcía por toda la era.

De origen desconocido.



**\*\*quitadesayunos.** Flor morada sin tallo ni cáliz que brota a ras del césped en las eras y praderas durante septiembre.

Del latín jurídico y medieval *quitāre* ‘impedir, estorbar’, más *des-* ‘inversión del significado’ y el latín *ieiunĭum* ‘ayuno’.



**ramal.** Cuerda que se ata al pescuezo o a la cabeza de las caballerías para sujetarlas o para conducir las caminando.

Del latín *ramus*.

**a ~ y media manta.** 1. Sembrar a boleó. El sembrador esparce la simiente a puños y por igual. Las semillas van metidas en el cucurucho de la manta, que lleva en bandolera. 2. Con pobreza y escasez.

**\*ramo.** Dibujo original y vistoso.

Del latín *ramus*.

**rastra.** Tabla que, arrastrada por una caballería, sirve para recoger la **parva** de la era.

Del latín *rastrum*.

**rastrillo.** Instrumento compuesto de un mango largo y delgado cruzado en uno de sus extremos por un travesaño armado de púas a manera de dientes, y que sirve para recoger hierba, paja, broza, etc.

Consulte *rastra*.

**rastro.** Herramienta a manera de azada, que en vez de pala tiene dientes fuertes y gruesos, y sirve para extender piedra partida y para usos análogos.

Del latín *rastrum*.

**rebato.** Convocación de los vecinos de uno o más pueblos, hecha por medio de campana, tambor, almenara u otra señal, con el fin de defenderse cuando sobreviene un peligro. Del árabe hispánico *ribát* ‘servicio en rábida’, y este del árabe clásico *ribāt*.

**recua.** Conjunto de animales de **carga**, que sirve para **acarrear** o llevar géneros de un lugar a otro.

Del árabe hispánico *rákbah*.

**\*relámpago. Horca** de madera, de una sola rama, rematada de 2-6 púas. Se utilizaba para **desbalagar**: extender la mies en la trilla, **tornar**, **pinar** la **parva**...

Del latín *\*relampadāre*.

**\*\*renacero.** Superficie de la era, donde se asentaban las **parvas**, **peces** y **muelos**, en la que al ser retirados quedaba grano residual. Cuando se derramaba grano por el suelo, se hacía renacero.

Del latín *renasci* ‘volver a nacer’, más *-ero* ‘lugar donde abunda algo’.

**\*\*revigar.** Echar el carro para atrás quedando la **lanza** o las varas hacia arriba.

De *re-* ‘movimiento hacia atrás’ y el latín *biga* ‘carro de dos caballos’.

**ringlera.** Fila o línea de cosas puestas en orden unas tras otras.

Del catalán *renglera*, este de *renguera*, influido por *regla*, este de *reng*, y este del franco *\*hrīng* ‘círculo, corro de personas’.

**\*ringorrango.** Línea con entrantes y salientes. Si en la arada o en la siembra no se iba recto, se hacían ringorrangos.

De origen incierto.

**rodado.** Dicho de un caballo o de una yegua, que tiene manchas, ordinariamente redondas, más oscuras que el color general de su pelo.

Del latín *rotāre*.

**ronzal.** Cuerda que se ata al pescuezo o a la cabeza de las caballerías para sujetarlas o para conducir las caminando.

Del árabe *rasan* ‘cuerda’.



**sabadeño.** sabadeño. Embutido hecho con la asadura, el estómago y las carnes ensangrentadas. Generalmente se come cocido.

De *sábado*, porque solía consumirse en este día.

**salvado.** Cáscara del grano de los cereales desmenuzada por la molienda.

Del latín *salvāre*.

**sarmentar.** Coger los sarmientos podados.

Consulte *sarmiento*.

**segar.** Cortar mieses o hierba con la hoz, la guadaña o cualquier máquina a propósito.

Del latín *secāre* ‘cortar’.

**\*\*segar a carrera larga.** Segar recto con la **hoz** hasta la lindera opuesta.

**\*\*~ a dos manos.** Segar en una dirección y luego en la opuesta.

**\*\*~ a parejo.** Dos segadores van segando a la par, uno al lado de otro.

**sembrador.** Saco, enganchado al cuello, que contiene las semillas que se van sembrando.  
Del latín *seminātor*, *-ōris*.

**senara.** Porción de tierra que dan los amos a los capataces o a ciertos criados para que la labren por su cuenta, como plus o aditamento de su salario. || Cosecha.  
Del celta *\*senāra* ‘campo que se labra aparte’.

**\*\*serré.** Vehículo de una sola caballería, cómodo, ligero, entoldado, con dos o cuatro asientos.  
Del francés *serré* ‘estrecho’.

**\*\*sontroz.** Clavija. Pasador. Cuña de hierro que, introducida en el extremo del eje del carro, impedía que las ruedas se saliesen.  
De origen incierto.



**tabón.** Terrón.  
De origen incierto.

**talabartero.** Guarnicionero que hace cinturones, ordinariamente de cuero, y otros correaes.  
Del provenzal *talabart*.

**\*talla.** Sistema de cálculo aproximado de las **fanegas** que hay en un montón o **parva** según la experiencia del calculador.  
Del latín *thallus*, y este del griego *θαλλος*.

**tapial.** Molde de dos tableros paralelos en que se forman las tapias.  
Probablemente de la onomatopeya *tap*.

**telera.** Travesaño de hierro o de madera que sujeta el **dental** a la **cama** del arado o al **timón** mismo, y sirve para graduar la inclinación de la reja y la profundidad de la labor.  
Del latín *\*telarīa*, de *telum* ‘espada’.

**telerín. adral.**  
Del latín *\*telarīus*, de *telum* ‘espada’.

**\*tenada. manojera.**  
Del latín *\*tignāta*, de *tignum* ‘madero’.

**terciar.** Dar la tercera reja o labor a las tierras.  
Del latín *tertiāre*.

**terrero.** Cesta de mimbres o espuerta que se emplean para llevar tierra de un punto a otro.  
Del latín *terrariūs*.

**tijereta.** Cada uno de los zarcillos que por pares nacen a trechos en los sarmientos de las vides.

Diminutivo de tijera, del latín *\*tōnsariu*.

**tilburi.** Carruaje de dos ruedas grandes, ligero y sin cubierta, a propósito para dos personas y tirado por una sola caballería.

Del inglés *Tilbury*, nombre del inventor de este carruaje.

**timón.** Palo derecho que sale de la **cama** del arado y al que se fija el tiro.

Del latín *temo*, *-ōnis*.

**\*tiritón.** Planta de pequeño tamaño, medio palmo, que simula una leguminosa y su flor es verde azulada. Tiene una semilla redonda. Se da en terreno **erial**, baldío.

De la onomatopeya *tir*, del temblor.

**tito. almorta.**

De la onomatopeya *ti*.

**toba. cardo borriqueño o borriquero.**

Del latín *tofus*.

**\*torna.** Vuelta de la **parva** para subir a la superficie las espigas ocultas que están sin trillar.

Del latín *tornāre*.

**tornadera. Horca** de dos puntas usada para revolver la **parva** en las labores de la trilla.

Del latín *tornāre*, más *-torŭs*.

**toronjil.** Planta herbácea anual, con muchos tallos rectos de cuatro a seis decímetros de altura y hojas ovales, arrugadas, dentadas y olorosas.

Del árabe hispánico *turunġán*.

**torozón.** Movimiento violento y desordenado que hacen las caballerías y otros animales cuando padecen enteritis con fuertes dolores.

Se ha producido una epéntesis de o en el término *torzón*, del latín *torŭone*.

**traílla.** Cuerda o correa con que se lleva al perro atado a las cacerías, para soltarlo a su tiempo.

Del latín *\*tragella*, diminutivo de *tragŭla*.

**tremesina.** Que se siembra en primavera y fructifica en el verano del mismo año.

Del latín *trimensis*.

**\*trillero. empedrador.**

Del latín *tribŭlum*, más *-arŭs*.

**tronca.** Parte del tronco de un árbol que queda unida a la raíz cuando lo cortan por el pie.

Del latín *truncāre*.



**vástiga.** Renuevo o ramo tierno que brota del árbol o de otra planta.

Probablemente derivada del latín tardío *bastum* ‘palo’.

**vencejo.** Lazo o ligadura con que se ata algo, especialmente los haces de las mieses.

Proviene del latín *\*vincicūlum*.

**\*veranero. empedrador.**

Del latín vulgar *veranum* [*tempus*], más *-arñus*.

**\*verdeja.** Vid cuya uva es de color muy verde aunque esté madura. Es uva temprana.

Del diminutivo de *verde*.

**verderol.** Ave canora del tamaño y forma del gorrión, con plumaje verde y manchas amarillentas en las remeras principales y en la base de la cola.

Del latín *virĕo*, *-ōnis*, por influencia de *verde*.

**vitriolo azul.** Sulfato de cobre.

Del latín *vitreolus*, diminutivo de *vitrum* ‘vidrio’, y del árabe vulgar *\*lāzūrd* ‘lapislázuli’.



**yero.** Planta herbácea anual del mismo género que el haba, utilizada como forraje.

Del latín *erum*, por *ervum*.



**zaino.** Dicho de una caballería, que da indicios de ser falsa.

Del árabe hispánico *zahīm* ‘indigesto, antipático, desagradable’.

**zaque.** Odre pequeño.

Del árabe *ziqq*, vulgarmente *zaqq*.

**zarzo.** Tejido de varas, cañas, mimbres o juncos, que forma una superficie plana.

Del español antiguo *sarzo*, y este derivado de *sarzir* ‘zurcir’.

**zoqueta.** Pieza de madera, a modo de guante, con que el segador resguarda de los cortes de la **hoz** los dedos meñique, anular y corazón de la mano izquierda.

Metonimia del latín *soccus* ‘zueco’.

**\*\*zuza.** Caldo rojizo, compuesto de vinagre, sal, orégano, ajos y pimentón. Sirve para sazonar y conservar carnes y huesos de la matanza.

De origen incierto.









### *Colofón*

Esta edición de “Voces del Campo”, se terminó de imprimir el día 4 de octubre de 2007, festividad de San Francisco de Asís, pasando a formar parte de la colección El Arado y la Red.



